

SERVICIO
SECRETO

SS

SOLO MAYORES
DE 18 AÑOS

UN MILLON POR CABEZA

Clark Carrados



Aunque estaba atado a una silla y la fuga era imposible, el chico no parecía asustado ni mucho menos. Antes al contrario, se burlaba despiadadamente de los cuatro hombres que estaban frente a él, contemplándole con hostilidad no disimulada.

—Mi padre os encontrará pronto, especie de bastardos, y hará que os corten los huevos —dijo el chico. Escupió despectivamente—. Montones de basura con patas, eso es lo que sois vosotros, incapaces de conocer lo que es un verdadero hombre como mi padre...



Clark Carrados

Un millón por cabeza

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1497

ePub r1.0

Lds 12.01.19

Título original: *Un millón por cabeza*

Clark Carrados, 1979

Cubierta: Jorge Sampere

ePub modelo

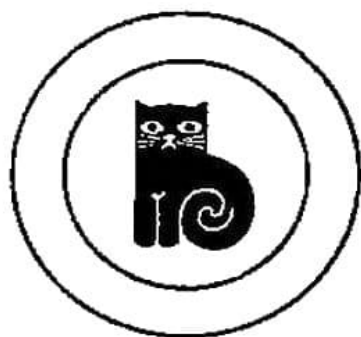
LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Aunque estaba atado a una silla y la fuga era imposible, el chico no parecía asustado ni mucho menos. Antes al contrario, se burlaba despiadadamente de los cuatro hombres que estaban frente a él, contemplándole con hostilidad no disimulada.

—Mi padre os encontrará pronto, especie de bastardos, y hará que os corten los huevos —dijo el chico. Escupió despectivamente—. Montones de basura con patas, eso es lo que sois vosotros, incapaces de conocer lo que es un verdadero hombre como mi padre...

—Hijito, el cabrón de tu padre nos debe una cuenta muy crecida. Le pedimos, no, mejor dicho, le suplicamos que nos la pagase, y nos envió al infierno —contestó uno de los sujetos—. Para el gran Nick Brunning, desprenderse de cuatrocientos mil dólares, es un despilfarro, por lo visto.

—¡Ni cuatro centavos os dará, hijos de puta! —bramó el prisionero, que no había cumplido aún los veinte años—. En cambio, cuando os atrape...

—No nos atrapará, hijito. Tu padre va a saber ahora lo que cuesta traicionar a sus antiguos socios y enviarlos a la cárcel para un montón de años, a fin de que él pudiera medrar y hacerse rico. Le pedimos, por favor, que nos ayudase, una vez cumplida la sentencia, pero no quiso hacernos caso. Bien, cuando te sientas en el otro barrio, échale la culpa a él, no a nosotros.

Por primera vez, desde que había sido secuestrado, Ray Brunning empezó a sentir miedo. Hasta aquel momento, había creído que se trataba de un rapto corriente y normal. Los secuestradores, a los que no conocía, pedirían un rescate, su padre pagaría y todo acabaría en unos cuantos días de incomodidades. Las

cosas, después de una semana, parecían haber cambiado sustancialmente.

—Escuche, no irán a...

—Sí —confirmó el sujeto implacablemente—. Vamos a matarte. Lo juramos, acordamos que la hiena que es tu padre no merece perpetuar el apellido.

Se volvió hacia los demás.

—Hicimos un pacto —añadió.

Cuatro pistolas salieron a relucir. El chico emitió un agudo grito.

—¡No, esperen! ¡Dejen que le escriba una carta a mi padre! ¡Pediré un millón... un millón por cabeza...!

—No hay perdón —dijo el hombre con frío acento—. ¿Listos, muchachos?

Las pistolas apuntaron al corazón del prisionero, desde dos metros de distancia. La voz de Ray Brunning se convirtió en un alarido de bestia feroz, cortado bruscamente por cuatro estampidos.

El cuerpo del muchacho se convulsionó violentísimamente. Su cabeza se echó hacia atrás y volvió hacia adelante, mientras sus pies golpeaban el suelo. De su pecho, agujereado por cuatro proyectiles a la altura de la zona del corazón, manaban ríos de sangre.

Los movimientos de Brunning cesaron muy pronto. Alguien tosió, a consecuencia del humo de los disparos.

—¿Y ahora? —dijo uno.

—Saldremos de la casa y nos separaremos. Yo daré la noticia a su padre —contestó el que había llevado la voz cantante.

—Esa muerte no nos reportará ningún beneficio —murmuró otro de los asesinos.

—¡Acordamos vengarnos! ¿No es así? Brunning merece pasar las mil penas del infierno. No es más que un bastardo asqueroso que...

Se pasó una mano por la frente.

—Ya no vale lamentar lo que hemos hecho. Nos hemos vengado y eso es lo que interesa. Nos dispersaremos en cuanto lleguemos a la ciudad. Si encuentro algo que resulte interesante, me pondré en contacto con vosotros.

—Tendrás que darte prisa —dijo uno de sus compinches—. Brunning pondrá en acción a todos sus sabuesos...

—Lo sé, pero no le daremos tiempo a que nos eche el guante. Antes habremos acabado con él. ¡Vámonos ya!

El que parecía ser el jefe, apagó la luz de la estancia al salir. Luego, los cuatro se dirigieron al coche que se hallaba en el exterior de la solitaria casa de campo.

Treinta minutos más tarde, el automóvil patinó en una curva, a consecuencia de la lluvia caída y se precipitó por un barranco muy profundo, incendiándose seguidamente a consecuencia del choque. Ninguno de sus cuatro ocupantes consiguió sobrevivir.

* * *

El automóvil en que viajaba Neil Millard sufrió inesperadamente un ligero accidente. Una de sus ruedas reventó con gran estruendo y el conductor tuvo que echar mano de toda su habilidad, para dominar el vehículo y evitar el descenso por el pequeño terraplén que tenía a su derecha. Aun así, las dos ruedas delanteras estaban fuera del camino y Millard, después de apearse, comprobó, desagradablemente sorprendido, que le iba a resultar imposible salir de aquella situación por sus propios medios.

De pronto, vio venir a un pequeño grupo de gente, corriendo hacia él. Una docena de hombres y mujeres treparon por el terraplén y se le acercaron solícitamente.

—¿Se encuentra bien, señor? —preguntó uno de los hombres—. Vimos el accidente desde nuestro lugar de trabajo...

—Estará asustado —dijo una muchacha—. Tome, beba un poco de agua —añadió, a la vez que le entregaba una cantimplora.

—Nosotros le ayudaremos a cambiar la rueda, señor —dijo otro de los hombres—. Vamos, amigos, echadme una mano en esta obra de caridad. No es precisamente dar posada al peregrino, pero, al menos, le ayudaremos a seguir su camino, para que pueda llegar hasta el lugar donde vive.

Millard se sentía estupefacto. Aquellas gentes, aunque llevaban ropas actuales, parecían arrancadas de una página del pasado. Vio un pequeño grupo de edificaciones, con la torre picuda de la iglesia en uno de los lados, campos perfectamente labrados... incluso se divisaba a lo lejos a un hombre guiando a los dos caballos que tiraban del arado... Por un momento, llegó a pensar que estaba presenciando el rodaje de una película sobre pioneros y colonizadores del siglo pasado.

Era la primera vez que atravesaba aquel pequeño valle, que parecía ser muy fértil y que tenía parajes de indudable encanto. A Millard le parecía increíble que pudiera existir una región semejante, a tan poca distancia, menos de treinta millas, de una ciudad densamente poblada y sumergida en el ensordecedor frenesí de la civilización.

Los hombres, sin prestarle la menor atención, habían empezado a cambiar la rueda, tras sacar al coche del pequeño atasco. La muchacha insistió en presentarle la cantimplora.

—Beba, señor, le hará mucho bien. No podemos ofrecerle alcohol; somos abstemios...

Millard se llevó la cantimplora a los labios y tomó unos sorbos. Luego devolvió el recipiente a la joven.

—Mil gracias, señorita —sonrió—. Efectivamente, ahora me encuentro mucho mejor, señorita.

—No me llame así, por favor. Soy la hermana Evangelina Dahl —dijo ella.

Millard respingó ligeramente.

—Una... monja...

—No exactamente —corrigió Evangelina con suavidad—. Aquí todos somos hermanos. Menos los esposos, claro —añadió, riendo con mesura.

—Le... le ruego me dispense, hermana Evangelina. Yo soy Neil Millard, de Beverly Hills. Regresaba a casa, después de un viaje profesional... La verdad, he tenido mucha suerte con encontrarles a ustedes.

—Nuestro deber de cristianos es ayudar a todo el que se encuentra en algún apuro —dijo la joven.

—Son unas frases muy consoladoras —elogió él—. Oiga, éste es un lugar maravilloso... No conocía siquiera su existencia. Parece el paraíso, se lo aseguro.

—Es Dawn Valley, el Valle del Amanecer. La pequeña población que se ve allí es New Hope City, la Ciudad de la Nueva Esperanza, fundada por nosotros, hace algunos años, merced a la donación de una persona caritativa, a quien Dios llamó a su seno hace algunas semanas.

—De verdad, debe de dar mucho gusto vivir aquí, señorit... perdón, hermana Evangelina.

La joven, de cabellos muy rubios y ojos intensamente azules, suspiró.

—Es probable que muy pronto tengamos que abandonar este lugar tan maravilloso —dijo.

—¿Cómo? ¿No les gusta? ¿Quieren encontrar otro aún mejor?

—No es eso —respondió Evangelina—. Resulta que el donador de los terrenos no dejó todos sus asuntos en regla y ahora ha salido un nuevo propietario. Pretende vendernos lo que considerábamos como nuestro o echarnos de aquí.

—¡Caramba, ese tipo debe de ser un ogro! Pero si trabajan, si un Banco les otorga un crédito...

Evangelina meneó la cabeza. En su hermoso rostro había una indudable expresión de tristeza.

—¿Qué Banco querría prestar cuatro millones de dólares a unas pobres gentes que no cuentan más que con sus manos y unos pocos aperos de labranza? La cuenta bancaria de la comunidad no tiene apenas dos mil dólares, señor Millard. Por fortuna, todos somos fuertes y sanos, y si tenemos que marcharnos, será porque el Señor lo ha querido así. El Señor, en Su infinita sabiduría, sabe siempre lo que se hace y si perdemos cuanto tenemos, le daremos gracias por la prueba a que nos somete.

Los ojos de la joven estaban iluminados por una extraña luz que Millard no había visto jamás hasta aquel momento. Ella, tras ligera pausa, añadió:

—Cuando nos marchemos de aquí, diremos lo mismo que dijo Abraham cuando llevaba a su hijo Isaac al sacrificio y éste observó que no llevaban cordero. «Dios proveerá».

—Amén —contestó Millard—. Hermana Evangelina, de veras lamentaría que tuvieran que marcharse de Dawn Valley. Si pudiera hacer algo...

—Dejemos que sea el Señor quien cuide de nosotros —contestó ella con graciosa sonrisa.

En aquel momento, se acercó un fornido sujeto, de unos cincuenta años de edad.

—Hermano, su coche está listo —informó.

Millard se volvió hacia el hombre.

—No sé cómo darles las gracias, señor...

—Hermano Houston, Caleb Houston.

—El es Neil Millard, hermano Caleb —dijo la joven.

Houston hizo una grave inclinación de cabeza.

—Si un día quiere volver por aquí, las puertas de nuestras casas estarán abiertas siempre para usted, señor Millard.

—Mil gracias. Nunca les olvidaré, créanme.

Momentos después, Millard hacía arrancar el coche.

Saludó con la mano a los componentes del pequeño grupo, pero el saludo más afectuoso fue dirigido hacia la bella Evangelina Dahl.

—¡Qué maravilla de muchacha! —se dijo para sí, mientras rodaba velozmente en dirección a su residencia.

Cuando llegó, su secretaria le dio una noticia:

—Brunning quiere verle, jefe. Cuanto antes.

Millard olvidó instantáneamente Dawn Valley y a sus pacíficos y caritativos habitantes.

—¿Brunning? —repitió—. ¿«El Lobo»?

—No hay otro en la ciudad, creo —contestó la secretaria alegremente—. Vamos, no ponga esa cara de sorpresa. Seguro que le cae un encargo de los buenos, de los que hacen engordar la cuenta del Banco y permiten unas vacaciones en Miami.

—Brunning me preocupa —dijo Millard pensativamente.

—¿Por qué? Es su oficio...

—Ese hombre no necesita de un detective privado. Tiene más secuaces que policías hay en la ciudad. No se mueve una sola hoja de árbol sin que él lo quiera... ¿y ahora se le ocurre llamarme? ¿Sabe lo que pienso, Penny?

Penélope Ryan llevaba ya unos cuantos años con Millard y le conocía bastante bien. Era una mujer de mediana edad, muy eficiente y capaz, y su trabajo le agradaba extraordinariamente.

—Pues... no siempre, jefe —contestó—. Cuando quiere, usted sabe ser tan impenetrable como un muro de cemento.

Millard se echó a reír.

—Pienso que si Brunning me llama, es para utilizarme como tapadera —declaró—. De todas formas, hablar con él no me va a perjudicar en absoluto. Ah, ahí en el portafolios, tiene todos los documentos del caso Williamson. Páselo en limpio, hágalo llegar a su destinatario y cobre la factura.

—Bien, jefe. ¿Algo más?

Millard estaba ya junto a la puerta e iba a contestar

negativamente, cuando, de pronto, recordó algo.

—Penny, ¿ha oído hablar alguna vez de Dawn Valley y de New Hope City?

—No. Nunca, jefe.

—Tome nota de esos dos nombres y, en cuanto le sea posible, vaya al registro de tierras del condado y averigüe cuanto pueda al respecto, sobre su anterior propietario, los propietarios actuales y la persona que alega tener mayores derechos sobre esa zona. ¿Entendido?

—Descuide, jefe, lo tendrá en cuanto pueda —respondió la secretaria—. Y suerte con «El Lobo» —añadió.

—Falta me hará —dijo Millard, a la vez que abría la puerta.

CAPÍTULO II

—Mataron a mi hijo, a mi único hijo —exclamó Brunning, conteniendo difícilmente la cólera que le devoraba—. Lo tuvieron una semana prisionero y luego le dispararon cuatro balas al corazón. El cuerpo estuvo casi un mes abandonado en aquella casa, hasta que un viandante extraviado lo descubrió casualmente, medio devorado por las ratas...

Nick Brunning sudaba copiosamente. Era un hombre de unos cincuenta años, grueso, fornido, sanguíneo, cuyo aspecto no justificaba el apodo de «Lobo» que le había sido conferido por quienes le conocían bien. Sin embargo, eran los hechos que se le imputaban los culpables de tal sobrenombre. Como los lobos, pensó Millard, era cruel, astuto y despiadado.

—Mi único hijo —repitió Brunning, a la vez que abría y cerraba las manos convulsivamente—. No se lo perdonaré jamás.

—Es un pecado difícil de perdonar, en efecto —convino Millard con respetuoso acento—. Secuestrar a un muchacho de menos de veinte años ya es un crimen, pero asesinarlo a sangre fría...

—Atado a una silla estaba cuando encontraron sus restos, señor Millard. ¿Comprende ahora por qué no puedo perdonar a los asesinos?

—Comprendo perfectamente sus sentimientos; pero, si me permite, deberíamos concentrarnos en el asunto que me ha traído a su casa, señor Brunning. Por favor...

El hombre pareció reaccionar y, sacó un pañuelo para limpiarse la cara. Luego puso hielo y *whisky* en dos vasos, y entregó uno al visitante.

—Encuentre a los asesinos de mi hijo, señor Millard. Eso es todo lo que deseo de usted.

Millard detuvo el viaje del vaso a la boca.

—¿Qué me dice de la policía? —preguntó—. ¿Y sus confidentes? ¿Es que nadie ha conseguido encontrar el menor rastro de esos desalmados?

—No, nadie. Pero sé que usted tiene una fama enteramente justificada y conseguirá mis deseos. No importa el tiempo que emplee, el caso es que los encuentre, ¿estamos?

De pronto, Brunning cogió un sobre que había sobre la mesa de su lujoso despacho y lo arrojó al regazo del visitante.

—Diez mil dólares para gastos —declaró—. A partir de hoy, considérese mi empleado. ¿Estamos?

—Un momento, por favor. Antes de dar un solo paso, quiero que me diga algo.

—¿Sí?

—Esos cuatro sujetos secuestraron a su hijo. ¿Es que no le pidieron dinero por el rescate?

—¡Claro que sí! Pero yo no quería darles un centavo...

—¿Y prefirió que muriese el muchacho?

Brunning enrojeció de nuevo.

—Confiaba en mis hombres para que los encontrasen —respondió, un tanto avergonzado.

—Y le fallaron.

Brunning agarró un grueso habano y mordió la punta.

—Le daré los nombres de los cuatro tipos y su descripción física —dijo—. El resto es suyo... pero debe saber una cosa: Estoy dispuesto a pagarle un millón por cabeza. Sería capaz de quedarme en la pobreza, con tal de vengarme de esos sujetos, ¿comprende?

Millard se quedó estupefacto.

—¿Cuatro millones?

—Ni un centavo menos —corroboró Brunning tajantemente—. En el momento en que me encuentre a esos forajidos, el dinero será suyo.

—¿Y si no los encuentro?

—¿No le estimula lo suficiente una recompensa que le permitirá vivir de renta el resto de sus días?

Hubo un instante de silencio. Luego, Millard tendió la mano:

—Hágame la oferta por escrito —solicitó.

—Por supuesto —accedió Brunning.

Cuando, después de haberlo leído, Millard doblaba el papel para guardarlo en su billetera, un hombre abrió la puerta del despacho y exclamó:

—Jefe, el señor Woodson aguarda a ser recibido.

—Que espere cinco minutos más todavía, Jonathan. Terminaré enseguida —respondió Brunning. Y cuando la puerta se cerró, agregó—: Es Jonathan Martin, un hombre de probada lealtad y capaz de todo por mí.

—Ya —sonrió Millard, a la vez que se ponía en pie—. Señor Brunning, no puedo prometerle el éxito; sólo le digo que haré lo que pueda.

—Piense en los cuatro millones —insistió el sujeto.

Millard asintió. Dejó el despacho y se cruzó con Martin, al que dirigió una sonrisa de circunstancias. En el rostro del hombre fiel no se movió un solo músculo.

* * *

Sentado en la barra de un bar, Millard, aquella misma noche, hizo una pregunta al camarero gordo y calvo que se hallaba al otro lado:

—Jock, ¿qué sabes tú del asunto del hijo de Brunning?

Jock Medina torció el gesto.

—Un asunto muy feo —contestó.

—Lo sé, pero quiero que me digas algo más. ¿Me oyes?

—El chico se lo merecía. Si al padre le llaman «Lobo», el hijo era una hiena. Ray tenía todo lo que quería; el padre no le negaba nunca nada, por costoso que fuese. Constantemente estaba metido en líos, que costaban a su padre una buena pasta, pero no se corregía. Se habla, incluso, de un par de violaciones, pero Brunning consiguió enterrar los dos casos con una montaña de billetes.

—Vamos, el niño era un angelito.

—Más de uno se emborrachó cuando se conoció la noticia de su muerte, créeme, Neil. Pero ¿qué diablos te interesa a ti de ese asunto? Hace más de un mes que enterraron al chico...

—El padre quiere que encuentre a los asesinos, Jock.

Medina silbó tenuemente.

—Te va a costar —dijo—. Con todos los soplones que Brunning

tiene a su disposición y no fue capaz de rescatar al chico...

Bien, no me ha fijado un plazo, aunque sí una buena recompensa. ¿No tienes nada que decirme sobre el particular? Conozco los nombres de los asesinos.

—Todo el mundo los conoce. Lo que pasa es que nadie sabe dónde están. Diríase que se los ha tragado la tierra —contestó Medina.

—No me ayudas mucho, Jock —se quejó Millard.

—Hago lo que puedo... ¡Espera!

Millard fijó la vista en su interlocutor. Medina parecía sumido en sus reflexiones. De pronto, chasqueó los dedos.

—Ya está —dijo—. Busca a Sally Salters, en el «Golden Arabian».

—¿Quién es esa tal Sally Salters?

Medina sonrió maliciosamente.

—Ya la verás cuando estés allí —respondió—. El apellido, desde luego, es ficticio. Su madre fue hermana de uno de los cuatro asesinos. Para actuar en el «Golden Arabian», Sally estimó mejor cambiarse el apellido.

—Muy lógico —convino Millard—. Pero, dime, ¿cuál era el auténtico apellido de Sally?

—Howard.

Millard puso un billete de a diez sobre el mostrador.

—Gracias, Jock.

—Suerte, Neil.

El detective salió a la calle. Junto a la puerta había un hombre con un cigarrillo en los labios, que se disponía a encender en aquel momento. Millard no pudo sospechar siquiera que se trataba de una señal de aviso.

El coche estaba a unos veinte metros de distancia. Cuando iba a abrir la portezuela, alguien se interpuso entre él y el vehículo.

—¿Millard? —dijo el hombre.

—Sí. ¿Qué desea?

—Darle un consejo de amigo. Abandone el caso Brunning. ¿Está claro?

Hubo un instante de silencio. De súbito, Millard amagó con el puño izquierdo. El sujeto se desvió hacia el lado contrario, lo que aprovechó el detective para asestarle una tremenda bofetada que le

hizo dar dos vueltas sobre sí mismo.

En aquel momento, sonaron pasos precipitados.

Millard se volvió. Un hombre corría hacia él, evidentemente con intenciones poco amistosas. Era fácil advertirlo, porque se veía brillar una navaja en su mano.

Millard dio un salto hacia adelante y agarró al otro sujeto por los hombros. El individuo no se había recuperado todavía. Millard lo hizo girar, colocándolo como escudo delante de su propio cuerpo. Cuando su compinche quiso detener el movimiento de la mano, era ya tarde.

Se oyó un grito de dolor:

—¡Hijo de puta, me has dado a mí!

El hombre de la navaja vaciló. Millard empujó a su prisionero con ambas manos, lanzándolo violentamente contra su compinche. Los dos hampones rodaron por el suelo. El herido se quejaba y blasfemaba ruidosamente. Millard supuso que el navajazo debía de ser más doloroso que realmente dañino.

Entró en el coche y arrancó. Al mirar por el retrovisor, vio al navajero arrodillado en el suelo, blandiendo el puño en un fútil gesto de rabia. Millard grabó aquel rostro en su mente, para tenerlo en cuenta en una nueva ocasión que sabía llegaría inexorablemente.

* * *

Era realmente hermosa y de figura escultural. Sentada ante el tocador, se quitó la aparatosa peluca platinada, que había usado durante su actuación y buscó un paño de limpieza de maquillaje.

—¿Por qué quiere saber detalles de mi tío? —preguntó Sally Salters.

Millard alargó el brazo y colocó delante de la joven una tarjeta de visita. Sally la leyó rápidamente y luego la apartó a un lado con gesto desdeñoso.

—Un fisgón —murmuró.

—Si lo prefiere así..., señorita Howard —dijo Millard intencionadamente.

—Deseo olvidar ese apellido. No me trajo más que disgustos. En cuanto me lo cambié, empecé a triunfar.

—La felicito, señorita... Salters. ¿Sabe por qué estoy buscando a

su tío Jess Howard?

—No. Dígamelo usted. Aunque desde aquí le anticipo que me creeré cualquier cosa que me diga de ese forajido.

—Surtió secuestró y asesinó a un chico que no había cumplido aún los veinte años, Ray Brunning. ¿Ha oído algo sobre el particular?

El esbelto cuerpo de Sally sufrió un fuerte estremecimiento.

—¿Fue él? —murmuró apagadamente.

—Con tres más. Usted no le tiene ninguna simpatía, por lo que veo.

—Ninguna, en efecto. A mi madre no le dio más que disgustos...

—Un momento —dijo Millard—. Su tío se apellidaba Howard, pero su madre debió de estar casada. Por tanto, tendría otro apellido, ¿no?

—Se divorció hace quince años y recuperó el apellido de soltera. También su esposo le dio una vida de perros. Mi pobre madre no tuvo suerte con los hombres, créame.

—Lo siento, señorita Salters.

—La única época feliz de mi madre fue cuando tío Jess estaba en la cárcel. A veces, le enviaba unos cuantos dólares, pero no fue a visitarle nunca.

—¿Y cuándo salió?

—Ya no tuvo tiempo de amargarle la existencia. Mi madre había muerto ya.

—Le presento mis condolencias —dijo Millard muy serio—. Por favor, señorita Salters, ¿no puede darme una pista?

Sally, vestida todavía con el traje de lentejuelas, se puso en pie. Era una joven de unos veinticinco años, de figura arrogante y ojos profundos, de color verdoso, lo que hacía aún más atractivo su rostro, al contrastar con la cabellera negra como ala de cuervo.

—Tío Jess fue siempre un bastardo —dijo—. Si se tratase de otra cosa, no le diría nada, pero puesto que mató a un muchacho, quiero que lo entregue a la policía... ¡y ojalá se pudra en presidio durante el resto de sus días!

—Muy bien. ¿Dónde está?

—Vino a verme hará un par de meses. Le di cien dólares y el encargo de que no volviera a verme jamás o le haría arrojar a la calle por los «gorilas» del local. Me dijo que se hospedaba en el

«Byron Hotel»... y eso es todo lo que puedo decirle.

—Mil gracias, señorita Salters —sonrió Millard—. ¿Puedo decirle que su actuación me ha gustado enormemente?

Sally sonrió, mientras contemplaba al hombre que tenía ante sí, de unos treinta y dos años, cabellos castaños, revueltos, hombros atléticos y casi un metro noventa de alto.

—Usted es muy distinto de los moscones que vienen constantemente a mi camerino —dijo ella—. Incluso no parece un detective privado.

—Tengo la licencia, aunque me dedico más bien a asuntos legales. Salvo cuando surge un caso interesante.

—Ah, comprendo...

Sally fue al otro lado de un biombo y empezó a desvestirse.

—Me ha caído bien, Neil —dijo desenvueltamente—. Aunque ya es un poco tarde, conozco un restaurante que está abierto hasta la madrugada. Hacen una sopa de pescado exquisita... ¿Tiene que madrugar mañana?

Millard sonrió. Sin saber por qué, evocó a Evangelina Dahl. Una mujer muy distinta a Sally, aunque no menos hermosa.

Pero Sally estaba más cerca.

—Yo soy mi propio jefe y no tengo que fichar al entrar en la oficina —contestó jovialmente.

CAPÍTULO III

La secretaria le miró con sorna al día siguiente.

—Se le han pegado las sábanas, ¿eh? —dijo, maliciosa—. ¿Tanto duró la velada en casa de Brunning?

—A las dos de la mañana, estaba tomando una sopa de pescado deliciosa. Luego acompañé a una hermosa joven a su casa...

—Compadezco a la joven. Seguramente, no quiere repetir más la experiencia. Su rostro se habrá llenado de arrugas y sus cabellos estarán blancos, después de esta noche de horror. Se despertará en mitad del sueño, lanzando espantosos gritos...

—Penny, no me tome por un Drácula. Además, fue una velada de trabajo.

La secretaria puso una mano en la cadera.

—¿Cuándo pié invita a trabajar a mí de esa manera? —preguntó, fingidamente provocativa.

—Usted tiene un esposo que la adora y dos hijos, uno de los cuales está a punto de ingresar en la Universidad. Yo soy muy respetuoso con la propiedad ajena.

—A veces me gustaría que me robasen —suspiró la secretaria—. Bien, dejemos los ensueños a un lado. ¿Qué le dijo «El Lobo»?

—Si encuentro a los cuatro asesinos de su hijo me pagará un millón por cabeza.

Penélope se quedó con la boca abierta.

—¡Cuatro millones!

—Ni un centavo menos, Penny.

—Ese hombre está loco.

—Quería a su hijo.

—Todos los padres quieren a sus hijos, paro, vamos, ese suceso no da pie para...

—Penny, yo sospecho que lo que Brunning quiere en realidad es que le lleve cuatro cabezas en un saco. Por supuesto, desea vengarse, pero, en el fondo, hay algo más. Y yo pienso averiguarlo, ¿comprende?

—Jefe, hay casos que pueden resultar muy peligrosos y usted no tiene necesidad de que le hagan algún ojal en el pellejo —advirtió Penélope sensatamente—. Además, ¿cómo puede estar seguro de que ese bandido le pagará los cuatro millones si consigue encontrar a los asesinos?

—Si resuelvo el caso, los pagará, descuide —afirmó Millard—. Sigamos, Penny. ¿Qué ha averiguado de Dawn Valley?

Ella le entregó una cuartilla.

—Éste es un resumen de la situación —dijo—. Como verá, los terrenos pertenecieron a un tal Abe Crandall, quien los donó a una especie de congregación cívico-religiosa, denominada Hermandad de la Nueva Esperanza. Pero, a lo que se ve, hubo defectos de forma en el acta de donación y, aprovechándose de ello, un sobrino de Crandall y su único pariente, ha conseguido se revocase legalmente tal donación. El sujeto en cuestión se llama Mutt McCane y reside en la Cuarta, mil seiscientos dos.

Millard estudió el documento durante unos instantes.

—Será cosa de hablar con el tal McCane —dijo al cabo—. Aunque, de momento, tengo otras cosas más importantes que hacer. Y, además, según veo, hay tiempo; McCane les ha concedido dos meses de plazo para abandonar Dawn Valley.

—A menos que le entreguen los cuatro millones en que está evaluada la propiedad.

—Son pobres como ratas. Unas personas maravillosas, pero pobres.

—Lo siento por ellos, jefe.

—Yo también. Penny, me marchó. Probablemente, no volveré en todo el día. Despache el caso Williamson y tómese un buen fin de semana.

—¡Pero si es miércoles! —exclamó la secretaria.

—Precisamente por eso será un buen fin de semana —contestó él, ya con la mano en el pomo de la puerta—. ¿O no, Penny?

Penélope sonrió maliciosamente.

—Suerte, jefe —le deseó.

«Falta me hará», pensó él, mientras se encaminaba en busca de su coche. Una vez tras el volante, lo hizo arrancar y se dirigió al «Byron Hotel». Por supuesto, no esperaba encontrar allí a Jess Howard, aunque sí podía conseguir alguna pista que le hiciese dar con su paradero.

Sentíase preocupado. El ataque de la víspera le tenía sumamente intrigado. ¿Quién tenía interés en que abandonase el caso Brunning?

* * *

Cuando vio el interior del hotel, Millard se dijo que, en una noche de tormenta, con lluvia a cántaros, y truenos, rayos y relámpagos, se quedaría a la intemperie, antes que hospedarse en aquel tugurio, que debía de ser el paraíso de las chinches y de las cucarachas. La propaganda sobre artículos de limpieza, detergentes e insecticidas debía de ser algo enteramente desconocido para el propietario del hotel. Le extrañó no ver zumbear las moscas en torno a la cara del recepcionista, medio calvo, con el chaleco grasiento y barba de cuatro días.

—Hola —dijo.

El hombre le puso delante el libro de registro.

—Firme. Cinco dólares por noche, pago adelantado.

—No vengo a hospedarme en este «palace» —dijo Millard—. Quiero información sobre Jess Howard.

—¿Policía? —preguntó el conserje.

Millard le enseñó un billete de cinco dólares.

—Curioso —respondió.

—Hace dos meses que Howard no se deja ver el pelo.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—No lo sé.

Suspirando, Millard sacó otro billete.

—¿Le estimulo la memoria?

—Es inútil. Vino, se hospedó, estuvo un par de semanas y, de repente, desapareció. Ni siquiera le vi marcharse.

—Oh... Al menos, me dejará ver su habitación...

—Si lo desea... Pero, desde entonces, han pasado por ella una docena de huéspedes, por lo menos. Aparte de la policía, claro.

Millard torció el gesto. Aquel individuo tenía razón, se dijo; ya no encontraría nada.

—Pero si tiene usted mucho interés —añadió el conserje—, yo puedo dejarle que vea la maleta de Howard.

Millard asintió. El conserje, sin embargo, no se movió. Millard captó sus intenciones y sacó dos billetes más.

—Venga —dijo el individuo.

Momentos después, entraban en un cuartito trastero. El conserje descolgó la maleta de un estante y la puso sobre la mesa.

—Tómese todo el tiempo que quiera; yo tengo que volver a la recepción —dijo.

—Muy bien.

Inmediatamente, Millard comenzó el registro. A los pocos instantes, comprendió que no iba a sacar nada en limpio. Sólo había un traje muy usado y algunas prendas interiores. A pesar de todo, revisó cuidadosamente las ropas, incluyendo las costuras, pero sus esfuerzos resultaron infructuosos.

De pronto, cuando ya se disponía a cerrar la maleta, vio algo que llamó su atención. El forro, de papel que imitaba tela, parecía haber sido despegado en un punto y vuelto a pegar después.

Millard sacó un cortaplumas y rasgó el forro. Una cartulina del tamaño de una tarjeta de visita apareció al instante a la vista.

Sonrió satisfecho. En la tarjeta había un nombre y una dirección. Los veinte dólares que había entregado al conserje le daban derecho a guardarse la cartulina, cosa que hizo sin el menor escrúpulo. Cerró la maleta y salió.

—¿Ha encontrado algo? —preguntó el recepcionista, a la vez que espantaba una mosca con la mano.

—Nada. Gracias, amigo.

Millard salió a la calle. En aquel momento, vio a Sally que se disponía a cruzar la acera.

La joven se detuvo y le miró sonriendo. A Millard le pareció mucho más atractiva que la víspera, con la cara casi completamente limpia de maquillaje y ataviada con una sencilla blusa y pantalones blancos.

—Parece que hemos coincidido —dijo ella alegremente.

—Sí, pero no entre ahí, a menos que quiera meterse luego en una cámara de desinsectación —respondió Millard.

—Si me dice lo que ha encontrado, me evitaré preguntar a los empleados —solicitó la joven.

Millard asió su brazo.

—Hablaemos mejor mientras tomamos una copa en alguna parte —propuso.

* * *

—El nombre es Bill Wood y reside en Alvarado, ochocientos noventa y uno —dijo Millard, minutos más tarde—. No sé quién es ese tipo, pero encontré el dato en el forro de la maleta de su tío.

Sally se sintió profundamente preocupada.

—Mi tío fue siempre un hombre muy extraño, poco comunicativo. La última vez que lo vi, se mostró parco y evasivo. Pero mi madre siempre dijo que era su carácter.

—Wood debe de ser gran amigo suyo. Probablemente, incluso, es el hombre que lo oculta. A Jess y a sus tres compinches, claro.

—Sí, es posible —convino la muchacha—. ¿Piensa ir a verlo?

—Por supuesto.

—¿Tanto le interesa el caso?

Millard ocultó una sonrisa.

—Soy un profesional —contestó.

—Le pagan por encontrar a mi tío.

—No lo niego.

—Entonces, es como los cazadores de recompensas de los tiempos antiguos.

Millard respingó.

—Pues mire, no se me había ocurrido contemplar el asunto desde ese punto de vista —respondió.

—Y, si lo encuentra, se lo llevará a Brunning...

—Si encuentro a su tío, lo entregaré a la policía. Hay tribunales que se ocupan de los delitos.

—Brunning querrá matarlo con sus propias manos.

—Me ha dado entera libertad de acción y, por supuesto, se enterará de que he «cazado» a su tío, cuando ya esté en la seguridad de una comisaría.

Sally se quedó pensativa unos segundos.

—A fin de cuentas, es de la familia —dijo al cabo—. Pero

también, matar a sangre fría a un pobre muchacho, atado a una silla... ¡Es un verdadero acto de salvajismo!

—Celebro que lo piense de este modo —contestó él. Sacó un billete y lo depositó sobre la mesa—. Y ahora, sintiéndolo mucho, tengo que irme...

—Solo, no.

Millard fijó la vista en el hermoso rostro de Sally.

—¿Qué quiere decir? —preguntó.

—Exactamente, lo que he dicho. Le acompañaré.

—Wood puede resultar un tipo duro.

—Cuando es preciso, yo también sé mostrarme enérgica. —Sally agarró su bolso—. ¿Vamos?

Salieron a la calle. Ella se puso unas gafas oscuras.

—No puede soportar la luz del día, ¿eh? —dijo Millard.

—A decir verdad, no es muy frecuente verme en la calle antes de la una —respondió ella—. Pero ya conoce mi oficio y sabe que trabajo hasta muy entrada la noche.

Millard abrió la portezuela del automóvil.

—¿Le gusta su profesión?

—Gano bastante dinero. Cantando y bailando —puntualizó ella.

—Oh, no se me ocurriría pensar nada malo de usted. —Millard cerró la portezuela y dio la vuelta al coche, para sentarse tras el volante—. Y he podido apreciar que canta y baila muy bien —añadió, cuando ya accionaba la llave de contacto.

Media hora más tarde, Millard paraba el coche en las inmediaciones de la casa donde vivía Wood. Saltó al suelo. Sally se apeó por el otro lado.

—No es un lugar muy agradable —comentó la joven.

—De todos modos, resulta algo mejor que el «Byron Hotel».

Entraron en la casa. Millard revisó los buzones del correo. De este modo supo cuál era el apartamento de Wood. Estaba situado en la segunda planta, lo que les evitó usar el ascensor.

Oyeron gritos y palabrotas a través de una puerta. En otro apartamento, sonó la voz colérica de una mujer. Olía a coles.

Momentos después, se detenían ante la puerta del apartamento ocupado por Wood. Millard llamó con los nudillos, pero no recibió respuesta.

—Insista —dijo Sally.

Las llamadas resultaron inútiles.

—Habrá salido —supuso ella.

—Vamos a verlo.

Millard tanteó el pomo. Con gran asombro por su parte, la puerta no estaba cerrada con llave. Al abrir, vio a un hombre sentado en un sillón, con la cabeza doblada sobre el pecho.

—Vaya, se ha dormido... —empezó a decir Sally, pero casi en el acto, notó la mano del joven, que tapaba su boca, para evitar que lanzase un grito.

En el centro de la camisa de Wood había una mancha de sangre, ya de color oscuro, lo que indicaba que la muerte se había producido bastantes horas antes. Los ojos de Sally se dilataron por el horror que le producía la contemplación del cadáver de un hombre asesinado.

Al cabo de unos momentos, ella tocó la mano situada sobre su boca. Millard comprendió que Sally se había repuesto de la impresión y la soltó.

—Tenemos que marcharnos, Neil —dijo la joven en voz muy baja.

—Aguarde —pidió Millard.

Había observado que el orden era total en el apartamento, lo que indicaba que el asesinato había sido realizado por alguien conocido de Wood y que, además, no había registrado el interior de la vivienda. Cerró la puerta y avanzó hacia el cadáver.

—¿Qué... qué va a hacer? —preguntó Sally con voz temblorosa.

—Registrar al muerto, naturalmente. Estoy buscando pistas, ¿lo recuerda?

Sally asintió. Al cabo de un par de minutos, Millard se irguió, con una agenda de direcciones en la mano.

—Algo saldrá de este cuadernito —dijo—. Vámonos ya.

—¿Sin avisar a la policía?

—Ya se ocuparán otros. —Millard observó que la joven tenía la cara despejada y le dio una orden—: Póngase las gafas de color.

—Sí, sí. —Contestó Sally, todavía muy nerviosa.

Mientras bajaban por la escalera, ella le hizo una pregunta:

—¿Piensa sacar algo de la agenda, Neil?

—Eso espero. Sin embargo, hay bastantes nombres y será preciso cribarlos, hasta quedarse con los verdaderamente útiles.

—Sí, pero ¿cuáles son?

—Buscaré ayuda, no se preocupe.

Momentos después, estaban de nuevo en el coche. Entonces, Millard divisó una octavilla sobre la repisa delantera. Sally la vio también y alargó la mano, para leer el mensaje escrito con gruesos caracteres negros:

ABANDONE EL CASO BRUNNING. ES NUESTRA ULTIMA ADVERTENCIA

CAPÍTULO IV

Aquella misma noche, Jock Medina, después de hojear detenidamente la agenda, señaló un nombre:

—Lefty Stone es el único que, quizá, pueda decirte algo —manifestó—. Es posible que alguno de los otros también conozca datos sobre el caso, pero no he oído hablar apenas de ellos.

—¿Qué me dices de Stone?

—Trabajó en tiempos para Brunning, como guardaespaldas y matón. Luego lo dejó, creo que por haber sido despedido. Imagino que Stone tiene que sentirse resentido con Brunning, pero es todo lo que puedo decirte.

—Gracias, buen amigo —dijo Millard.

Medina alzó el índice.

—Ten cuidado con Stone. Aparte de que siempre va armado, es muy robusto y sabe usar bien los puños. Le gusta machacar las narices de sus adversarios.

—Lo tendré en cuenta.

Millard salió a la calle. En el mismo momento, vio que su coche arrancaba fulgurantemente.

—¡Eh, maldito bribón! —gritó.

El ladrón aceleró. Millard le amenazó fútilmente con el puño. Casi en aquel instante, otro coche se situó a la altura del suyo.

Una mano armada surgió por la ventanilla del lado derecho. Con la boca abierta, Millard vio dos fogonazos. El ladrón cayó instantáneamente de bruces sobre el volante. La bocina empezó a sonar, mientras el coche se desviaba a un lado para acabar subiendo a la acera y estrellarse contra la pared de un edificio.

El otro automóvil huyó a gran velocidad. Medina salió a la calle.

—¡Neil! ¿Qué te ha pasado?

—A mí, nada; pero el ladrón que me había robado el coche, está muerto —contestó Millard, mientras se ponía un cigarrillo en la boca.

Se oyó la sirena de un auto de patrulla. Millard suspiró. Ahora tendría que enfrentarse con el inevitable interrogatorio policial.

—Y, por si fuese poco, me he quedado sin coche —masculló.

Pero ello le preocupaba menos que el hecho de que los autores del anónimo habían demostrado que no amenazaban en vano.

—¿Quién y por qué quería apartarle del caso Brunning? —se preguntó una vez más.

¿Acaso había otros «cazadores de recompensas» que ansiaban cobrar el succulento premio de cuatro millones de dólares?

* * *

Mutt McCane era un sujeto de mediana edad y pelo lacio y pálido. Sus ojos acuosos le miraron desde el otro lado de unos lentes de escasa graduación.

—Sí, soy el dueño de Dawn Valley —contestó a la pregunta formulada por el visitante—. No admito en modo alguno la donación realizada por mi tío a ese grupo de chiflados y fanáticos que se han inventado una nueva y disparatada religión, que les permite justificar su poco amor al trabajo, por no decir entusiasta afición a la holganza. Si quieren tierras, que las compren o que trabajen para conseguirlas.

—Lo mismo que usted, señor McCane —dijo Millard con gran seriedad.

—Tengo motivos justos para reclamar lo que me pertenece por herencia —respondió el sujeto—. Lo demás, no le interesa a usted.

—A menos que se pruebe que la donación fue un acto enteramente legal.

McCane sonrió despectivamente.

—Contraté a uno de los mejores abogados —manifestó—. Dudo mucho de que usted u otro cualquiera consigan revocar la sentencia judicial, que me atribuye la propiedad de Dawn Valley.

—Líbreme Dios de hacer una cosa semejante. Siempre he respetado las sentencias de un juez y, supongo, que en este caso, no hay motivos para suponer una injusticia. Pero, dígame, señor

McCane, ¿piensa echar a esas gentes de Dawn Valley?

—Si es preciso emplear la fuerza, lo haré.

—¿Qué fuerza?

—Los agentes del *sheriff* se ocuparán de ello, cuando se cumpla el plazo. A menos que antes encuentren cuatro millones de dólares.

—No se queda usted corto pidiendo, ¿eh? Unas tierras baldías, unos yermos, convertidos ahora en un vergel, por el trabajo tesorero de un grupo de personas a las cuales llama usted vagos y fanáticos... y les pide nada menos que cuatro millones de dólares.

—Señor Millard, le agradeceré que se deje de sarcasmos. Todo cuanto hago, está dentro de la legalidad. Estoy bien asesorado, créame.

—Y el trabajo de esa comunidad, ¿no tiene ningún valor?

McCane se encogió de hombros.

—Debieron haberse asesorado cuando mi tío hizo la donación —repuso—. Habrían encontrado el fallo en el documento legal y lo habrían hecho redactar de nuevo. De este modo, yo no habría podido rescatar lo que, insisto, me pertenece sin herencia.

—Creo que le entiendo muy bien, señor McCane —dijo el joven—. Usted es un hombre temeroso de la ley de Dios y de los hombres, pero no vacilaría en quitarle su última oveja a una pobre viuda que no pudiese cancelar una deuda de sólo cincuenta centavos. Lo tendré en cuenta, se lo aseguro —dijo Millard con los labios prietos, a la vez que se ponía en pie.

—¿Debo tomar sus palabras como una amenaza? —preguntó McCane orgullosamente.

—Tómelas como expresión de mi desprecio.

McCane se quedó con la boca abierta. Antes de que pudiera contestar una sola palabra, se había quedado solo.

Millard salió a la calle, lleno de furia, sin saber por qué. Lo que decía McCane estaba lleno de sensatez, pero también de egoísmo. ¿De dónde diablos iban a sacar aquellas pobres gentes nada menos que cuatro millones de dólares? Pensar en que Evangelina tenía que abandonar el maravilloso Dawn Valley le hizo sentirse súbitamente desazonado.

De repente, como si su mente poseyera la virtud de hacer visibles a las personas, vio surgir delante de él la hechicera figura de Evangelina Dahl.

—Señor Millard —exclamó la joven.

—Hermana —dijo él, estupefacto.

* * *

El vestido que usaba Evangelina era de color gris y corte severo. Los cabellos estaban cuidadosamente peinados, bajo un sombrerito de estilo ya anticuado, aunque no por ello resultaba menos encantadora. Millard sólo reaccionó cuando vio que ella alargaba su mano enguantada.

—No sabe cuánto celebro encontrarle —dijo la muchacha—. ¿Qué tal está, señor Millard?

—Pasmado, señorit... perdón, hermana Evangelina. ¿Qué hace usted en esta ciudad de vicio y pecado?

—Cuando llueve, nuestros zapatos se mojan y manchan de barro, pero los limpiamos y relucen de nuevo —contestó ella metafóricamente—. Pero no porque llueva hemos de dejar de andar, si lo necesitamos verdaderamente.

—Nada más cierto —respondió Millard—. Pero, a juzgar por el sitio en que nos encontramos, viene usted a mancharse los zapatos en el barro de esa lujosa mansión.

Evangelina volvió la cabeza un momento hacia la residencia que se veía al otro lado de la verja, entre los árboles.

—Sí, es cierto —admitió—. He venido a suplicar al señor McCane.

—Pierde el tiempo —atajó él—. Yo acabo de hablar con él y si en alguna ocasión se puede hablar de un corazón de piedra, es el de ese fariseo.

—¿Ha hablado con él? —se sorprendió la joven.

—En efecto. Ordené a mi secretaria que investigase en el registro de tierras del condado. Desgraciadamente, la ley apoya a McCane.

Evangelina bajó la cabeza.

—Hemos hecho de Dawn Valley un verdadero paraíso... y ahora tendremos que abandonarlo...

—¿Acaso pensó que ablandaría el ánimo de ese individuo?

—Por lo menos, espero conseguir un aplazamiento en la fecha de expulsión. Pero esto no deja de ser una vana ilusión por mi

parte. ¿De dónde vamos a sacar cuatro millones?

—McCane me ha dicho algo en lo que tiene toda la razón. ¿Por qué, cuando Crandall hizo la donación, no hicieron revisar los títulos por un abogado especialista? Yo estoy seguro de que si el viejo viviese, se negaría a la pretensión de su sobrino, como seguramente se negó cuando aún estaba con vida. Pero muerto Crandall, McCane es el legítimo propietario y la ley le ampara absolutamente.

—Usted parece entender de leyes...

—Soy abogado —dijo Millard—. Hermana Evangelina, si desea visitar a McCane, no se lo impediré, por supuesto, pero quiero que sepa que no conseguirá nada.

—¿Por qué ha venido a verle usted, señor Millard?

—Ustedes hicieron conmigo una obra de caridad. Intentaba imitarles, ayudándoles en lo posible.

Evangelina sonrió.

—Resulta agradable encontrarse con personas amables y comprensivas como usted —dijo—. Conforta el ánimo y ayuda a afrontar mejor las adversidades de este valle de lágrimas.

—Gracias, hermana. Y ahora, ¿me permite una sugerencia?

—Claro. Dígame, señor Millard...

—¿Por qué no se viene conmigo a almorzar? No estoy seguro, pero presiento que no ha entrado nada en su estómago desde el desayuno. Y aunque la gula es uno de los pecados capitales, Dios nos dice que debemos alimentarnos.

Evangelina volvió a sonreír deliciosamente.

—No conozco bien la ciudad —manifestó.

—La llevaré a un sitio discreto, en donde no tendrá ocasión de sentirse escandalizada —aseguró él. Fue a cogerle el brazo, pero retiró la mano en el acto—. Dispense —murmuró, encarnado como un adolescente.

Evangelina ocupó el asiento contiguo. Millard dio el contacto y arrancó.

—Luego vendremos a buscar su coche...

—He venido en autobús —declaró ella—. Hay uno que pasa una vez por semana.

—Oh...

Durante la comida, Millard tuvo ocasión de enterarse de muchos

detalles de la comunidad de New Hope City. Evangelina tenía veinticuatro años y hacía diez que vivía en el valle, con sus padres. Cuando llegaron allí, lo recordaba muy bien, los terrenos eran completamente baldíos. Había rastros de viejos sondeos petrolíferos, realizados por la compañía de Crandall, pero todos los esfuerzos habían resultado inútiles. Ellos, en cambio, habían perforado la tierra, consiguiendo hallar dos abundantes manantiales, que les habían permitido transformar el valle en un auténtico edén.

—El agua es siempre más útil que el petróleo —dijo Evangelina sentenciosamente, después de su narración.

—Todo es útil, en su tiempo y lugar —contestó él—. De todos modos, me imagino que les va a resultar muy duro abandonar Dawn Valley.

—El hermano Roberts salió hace un par de semanas, para tantear unos terrenos estatales en Oregón. Si no consigue triunfar...

Evangelina se interrumpió. Millard observó lágrimas en sus bellos ojos.

—Vamos, ánimo —dijo él—. Todo acabará por solucionarse... Ella meneó la cabeza.

—Somos una comunidad muy unida. Ahora tendremos que dispersarnos. A mí me parece que estamos a punto de iniciar el éxodo, como los judíos, cuando se liberaron de la tiranía del Faraón.

—Y no saben adónde irán.

—No.

Hubo un instante de silencio. A Millard le hubiera gustado tener delante a McCane en aquellos momentos, para darse el placer de aplastarle la nariz de un buen puñetazo, Pero la violencia, se dijo, no resolvería el conflicto de las gentes de Dawn Valley.

Ya habían terminado el almuerzo. Millard abonó la cuenta. Luego hizo una pregunta a la joven:

—Hermana Evangelina, ¿adónde quiere que la lleve?

—Si dice que no voy a conseguir nada de McCane, lo mejor será que me vaya a la estación de autobuses. El mío sale a las siete de la tarde.

—¿Y se va a pasar allí todo el tiempo, esperando aburridamente? Oiga, ¿por qué no me permite que la lleve en mi coche? ¿O es que teme las críticas si la ven llegar acompañada de

un hombre que no es su esposo?

—Oh, no, pero no querría que se molestase por mí...

—Al contrario, será un placer.

Millard hizo un gesto con la mano y el camarero acudid en el acto. Después de abonar la cuenta, se puso en pie.

—De todos modos —dijo—, sí usted pensaba visitar a McCane, hágalo. No quisiera que tomase mis palabras como una interferencia en sus asuntos, hermana Evangelina.

—Confío plenamente en usted, señor Millard. A decir verdad, he venido poco menos que subrepticamente, recurriendo para ello a una mentira. Dije que iba a visitar a una amiga, que quizá podría ayudarnos... Pero no es cierto; no existe tal amiga.

Millard dirigió una mirada de simpatía a la joven.

—No se preocupe. Dios nos envía penas, para que luego la alegría de superar las pruebas difíciles resulte aún mayor. Todo se solucionará, hermana.

—Nosotros confiamos en el Señor. Pase lo que pase sabemos que será Su voluntad —dijo ella.

Millard abrió la portezuela del coche, para que Evangelina se sentase en el lado derecho. Luego ocupó su puesto. Pero apenas había puesto la mano en la llave de contacto, sintió algo duro y frío en su nuca.

—Siga adelante, por donde le indiquemos —dijo alguien—. Y no se le ocurra jugarnos una mala trastada, porque hay otra pistola apuntando a la preciosa cabecita de esa chica tan hermosa.

CAPÍTULO V

Con el rabillo del ojo, Millard pudo ver que la amenaza del sujeto no eran meras palabras. Había otro individuo en el coche, también armado, detrás de Evangelina, que permanecía muy rígida en el asiento, aunque sin perder la serenidad ni dar muestras de histerismo.

—¿Adónde vamos? —preguntó Millard, después de unos momentos de silencio.

—Salga de la ciudad, siguiendo en la misma dirección —contestó el pistolero—. Ya le daremos después, nuevas indicaciones.

—De acuerdo, pero ¿me permiten hablar?

—Claro. Adelante, muchacho.

—Ella es inocente de todo. No tiene nada que ver con este asunto. Déjenla ir libre. Les prometo que no dirá nada a la policía.

—Olvídelo —contestó el pistolero brutalmente—. Estaba con usted y seguirá hasta el final.

—Hasta acabar en un descampado, con un tiro en la cabeza —dijo Millard con voz tensa.

—Por el momento, no. Todo depende de lo que nos diga.

—Ah, piensan interrogarme.

—Alguien le hará preguntas, es todo lo que puedo decirle.

—¿Lefty Stone?

—Cállese de una vez —gruñó el otro pistolero.

—Se sienten furiosos, ¿eh? Anoche un ladrón me robó el coche y ustedes se confundieron.

—Todos estamos expuestos a cometer errores. De todas formas, no se ha perdido nada —dijo el primero de los matones.

—Odio a los que roban coches —rezongó el otro.

—¿Se lo quitaron en alguna ocasión? —preguntó Millard

irónicamente—. Por cierto, ¿cuál de los dos «apioló» a Bill Wood?

Sonó una blasfemia. Evangelina se tapó la cara con las manos.

—Hagan el favor de no herir los sentimientos de la dama —dijo Millard, muy enojado.

—Déjelos —intervino ella—. Dios les perdonará, porque no saben lo que se hacen.

—Vaya, nos ha salido religiosa —se burló uno de los pistoleros.

—Es una excelente muchacha —dijo Millard—. Háganme lo que quieran, pero respétenla a ella.

—Señor Millard, ¿qué es lo que sucede? ¿Por qué nos secuestran? —preguntó Evangelina.

—Estoy intentando resolver un caso de asesinato. Alguien quiere que abandone mis investigaciones, eso es todo, hermana Evangelina.

—Cierto —confirmó el pistolero que llevaba la voz cantante—. ¿Acaso no recibió ayer un mensaje?

—Soy analfabeto —contestó el joven burlonamente.

—Si sigue así, pronto no será nada. ¡Y basta ya de charla, maldita sea!

Millard apretó los labios. Por el momento, se sentía más tranquilo. Alguien, había dicho el hombre que estaba situado a sus espaldas, iba a interrogarles. Eso les concedía un respiro.

Pero ¿y después?

* * *

Una hora más tarde, el coche se detuvo frente a una casa solitaria, situada en la ladera de una colina muy boscosa. Millard y la joven fueron obligados a apearse, con las manos en la cabeza, y encerrados a poco en una habitación cuyas ventanas estaban aseguradas por sólidos tableros, situados en el exterior.

Los dos hampones llevaban grandes gafas de color, que enmascaraban sus rostros por completo. Sin embargo, Millard pudo fijarse en la mano de uno de ellos, en cuyo dorso aparecía una cicatriz que dejaba un rastro blanquecino en el vello abundante que cubría la piel.

La casa, o al menos aquella estancia, carecía de luz eléctrica. Uno de los pistoleros encendió un quinqué de petróleo pendiente

del techo. Luego, Millard y la joven se quedaron solos. La puerta fue cerrada con doble vuelta de llave, no sin que antes les advirtieran que siempre habría un centinela al otro lado.

Entonces, una vez solos, Millard se volvió hacia la muchacha.

—Hermana Evangelina, siento haberla puesto en esta crítica situación —manifestó.

Ella apoyó una mano en su brazo.

—No se preocupe. Ésta es una prueba que nos envía Dios. Con la fe, lograremos salir indemnes, como Daniel salió ileso del foso de los leones.

Millard se quedó con la boca abierta. La candidez de Evangelina le gustaba muchísimo, pero resultaba absurda en aquellas circunstancias. Ella no podía saber que los pistoleros, si se lo ordenaban, les matarían sin sentir el menor remordimiento.

—Esperemos que así sea —rezongó.

—Pero Dios no nos impide que actuemos para salvar nuestras vidas, si nos hallamos en una crítica situación —añadió Evangelina resueltamente—. Al Señor no le gusta la inacción. La fe debe ser acompañada de las obras.

—Ora et labora, ¿eh? —dijo él, sardónico.

—Justamente —contestó la muchacha—. Ahora, usted; más avezado que yo, empiece a pensar en la forma de salir de aquí. Por lo que he podido deducir, la persona que nos va a interrogar no tardará mucho en llegar.

—Pues no sé...

—Neil —dijo Evangelina—, nosotros no nos pasamos el día orando al Señor, esperando que nos envíe el maná. Cuando no teníamos agua, pedíamos la lluvia... pero también trabajábamos en la perforación de pozos, ¿comprende? Y no esperamos que el trigo crezca por sí solo, ni que las manzanas maduras vengan a la mesa, sino que vamos a buscarlas al árbol. ¿Entiende lo que quiero decirle?

Millard sonrió.

—Es usted una mujer de una pieza —dijo—. Bien, veamos qué se puede hacer...

Tanteó los tableros de las ventanas. Eran muy fuertes y, aunque tenía un cortaplumas, con poco tiempo por delante, no podía hacer nada. En la puerta había un hombre armado con una pistola,

dispuesto a usarla al menor signo de rebelión. De pronto, alzó la vista.

El quinqué pendía de una cadena sujeta al techo. Millard buscó una silla, descolgó el quinqué, lo entregó a la muchacha y luego tanteó la solidez de la cadena.

—Creo que me sostendrá mi peso durante unos instantes —murmuró—. Pero, hermana Evangelina, temo que no voy a tener otro remedio que emplear la violencia, si queremos salir de aquí.

Ella estaba muy pálida.

—¿No hay ninguna otra opción? —preguntó.

—Es imposible persuadir a esos sujetos con buenas palabras —respondió él.

Evangelina cerró los ojos un instante. Millard vio el bisbiseo de sus labios. Rezaba, dedujo.

Al fin, Evangelina volvió a mirarle. Había un vivo resplandor en sus pupilas.

—Cuando los filisteos atacaban a los hijos de Israel, éstos se defendían con la espada. Y, por mandato del Señor, ¿no peleó David con el gigante Goliath y lo venció?

—Hermana, es usted una mujer incomparable. Tiene fuego en las palabras...

—Porque el Señor está con los justos.

—Entonces, aprestémonos a pelear. ¿Está dispuesta?

Evangelina agarró una silla.

—Trabajo en el campo. Soy fuerte físicamente —dijo.

—Espere, hermana. Un poco de astucia no nos vendrá mal. Tiéndase en el suelo, por favor.

Ella obedeció. Entonces, Millard fue hacia la puerta y la golpeó.

—¡Eh, abran! La chica se ha puesto mala. Traigan agua, un poco de licor... Ella es una mujer delicada y no está acostumbrada a estas situaciones. ¡Vamos, rápido! ¡Está casi sin pulso!

Al otro lado de la puerta se oyó un gruñido de sorpresa. Un par de segundos más tarde, se oyó el ruido de la llave al girar en la cerradura.

Millard estaba ya sobre una silla, con ambas manos en la cadena que pendía del techo. La puerta se abrió de golpe y el vigilante dio un par de pasos en el interior.

Entonces, sonó un tremendo alarido. Colgado de la cadena,

Millard osciló como un péndulo, con los pies por delante. Cuando el pistolero quiso darse cuenta de que se trataba de un engaño, aquellos pies ya estaban golpeando su rostro con tremenda violencia.

La cadena se rompió. Millard cayó sobre el pistolero, pero, prevenido, se levantó antes. El matón estaba desvanecido a causa del golpe, lo que le permitió apoderarse del arma sin la menor dificultad.

Evangelina se había incorporado. Millard salió al pasillo. Lentamente, se dirigió hacia la puerta de entrada en la casa. Abrió una rendija.

El otro pistolero estaba ante el umbral, contemplando el camino que serpenteaba por la ladera. Millard usó la culata del revólver con efectos fulminantes. El sujeto se desplomó al suelo, sin saber siquiera lo que le había ocurrido.

—¡Paso libre! —gritó.

Evangelina corrió hacia la puerta.

—¿Lo ha matado? —preguntó, aprensiva.

—Espero que no. Esa clase de tipos tienen los huesos muy duros. Le dolerá mucho la cabeza cuando se despierte, eso es todo —rió Millard.

Su coche estaba a poca distancia. De pronto, Evangelina lanzó una exclamación:

—¡Viene un automóvil!

Millard tendió la vista hacia el camino, en el que se apreciaba una nube de polvo a menos de quinientos metros de distancia. Si intentaban escapar en aquel momento, serían vistos inexorablemente. Además, el camino era muy estrecho y no tenía la seguridad de que el otro vehículo no les bloqueara el paso.

Durante un segundo, trató de hallar una solución al problema. Luego se volvió hacia la joven.

—Hermana, ¿sabe conducir? —consultó.

—Sí.

—Entonces, venga. Haga exactamente lo que le diga y cuando se lo ordene.

Evangelina corrió a sentarse tras el volante. Millard lo hizo a su lado. Ella situó el coche a un lado de la explanada que había frente a la casa, al lado de unos árboles que impedían la visión a los que

llegaban por el camino. La joven mantuvo el motor en marcha y el pie en el acelerador.

Millard se dijo que hubiera resultado conveniente detener al o a los ocupantes del vehículo, pero teniendo a la joven a su lado, no quería que corriese nuevos riesgos. Lo mejor era abandonar el lugar cuanto antes.

«Por desgracia, esos tipos y yo volveremos a vernos», pensó, en el instante en que el otro automóvil desembocaba en la explanada.

—¡Ahora! —gritó, a la vez que disparaba el revólver contra las ruedas traseras del otro coche.

Los estampidos del revólver se confundieron con las explosiones de los neumáticos perforados a balazos. El único ocupante del automóvil, terriblemente sobresaltado, se volvió, con el tiempo justo para ver a un automóvil que arrancaba de aquel lugar a toda velocidad.

—¿Y ahora? —preguntó Evangelina, cuando estuvieron a una buena distancia de la casa.

—Ahora, a Dawn Valley —decidió Millard—. Ellos no la conocen a usted, no saben que vive en New Hope City y no la encontrarán jamás.

—Pero usted se queda en la ciudad...

—Porque es mi deber. —Millard se reclinó en el asiento—. ¿Le importa que fume, hermana Evangelina?

Ella rió alegremente.

—Imagino que necesita un cigarrillo para tranquilizarse los nervios —contestó.

—Y casi en el acto, inesperadamente, rompió a cantar un himno religioso. —Millard escuchó atónito y pasmado, descubriendo que Evangelina poseía una hermosa voz de soprano, bien modulada y mejor timbrada. Una mujer desconcertante en todos los sentidos, pensó.

CAPÍTULO VI

Cuando regresó a su casa, eran pasadas las diez de la noche. Después de abrir la puerta, se encontró con una sorpresa.

—¿Qué hace aquí? —preguntó.

Sally se puso en pie inmediatamente.

—Has tardado —dijo, con acento de queja.

—He estado ocupado... pero me parece que no tengo por qué darte cuenta de mis acciones.

—Sobre todo, cuando esas acciones se realizan en la agradable compañía de una dulce y agradable muchacha, de rizos de oro y ojos azules, ¿eh?

Millard frunció el ceño.

—¿Has estado espiándonos? —preguntó.

—No es ésa mi costumbre, pero os vi entrar en el «Frenchman». ¡Te la comías con los ojos, Neil!

—Lo que yo me he comido ha sido un sabroso filete, con salsa de setas —rezongó él—. Y no se te ocurra decir nada malo de la chica, porque no es lo que te piensas ni de lejos. Por cierto, ¿cómo has entrado en mi casa?

—Tanteé las ventanas. Había una de ellas que no tenía el bastidor asegurado.

—Y estás esperándome desde las dos de la tarde.

—No seas iluso. Vine a las siete y media, más o menos. Pero ya me cansaba de aguardarte...

—Está bien, no sigas. ¿Quieres un trago?

—Bueno.

Millard puso *whisky* en dos vasos. Sally, en pie, le miró fijamente.

—¿Ha resultado agradable la velada? —preguntó, maliciosa.

—Hemos estado solos en una habitación, durante diez minutos, más o menos. Pero no por nuestra voluntad. ¿O no nos viste salir del «Frenchman»?

—No, me marché antes de que acabaseis de comer. ¿Qué pasó? Millard vació la mitad de su vaso.

—Nos secuestraron —dijo—. ¿Recuerdas la nota que me dejaron en el coche?

Sally se puso seria en el acto.

—No estarás bromeando —murmuró.

—Digo la pura verdad. Alguien quería interrogarnos. No sé quién es, porque conseguimos escapar del lugar adonde nos habían llevado.

El joven relató brevemente lo ocurrido. Sally se sentía atónita.

—Cuesta mucho de creer...

Millard se encogió de hombros.

—También cuesta de creer tu presencia en mi casa —respondió

—. ¿Por qué no estás trabajando en el «night-club»?

—Es mi día libre. No tengo que trasnochar.

—Por tanto, puedes madrugar.

—Depende de lo que signifique para ti esa palabra.

—Iba a proponerte una cosa... pero no, tengo trabajo.

—¿Por qué no hablas claro de una vez?

—¿Cuánto tiempo hace que no sales al campo y disfrutas del sol y del aire libre?

—Uf, ni me acuerdo siquiera. Pero ¿hay algún lugar así en este país?

—Yo podría llevarte a un sitio que te encantaría. Sin embargo, tendremos que dejarlo para mejor ocasión. Tal vez la semana próxima...

Sally se le acercó maliciosamente.

—Yo trabajo mucho, es la verdad, pero tú no te quedas atrás. ¿Por qué no envías al diablo tus compromisos durante un día? Si tan hermoso es el lugar al que quieres llevarme, podemos pasar una jornada muy agradable. Millard reflexionó durante unos segundos.

La tentación resultaba irresistible. Por otra parte, unas horas de descanso no le sentarían mal.

—De acuerdo —dijo. Y puso sus manos en la cintura de la joven, pero Sally dio un rápido paso hacia atrás.

—No precipites las cosas —exclamó, un tanto alterada—. Me gustas, o no estaría aquí, desde luego, pero sólo hasta cierto punto. ¿Entiendes?

—Sí...

El teléfono sonó en aquel momento. Millard se disculpó y levantó el aparato.

—Diga...

—¿Millard? —exclamó alguien al otro lado del hilo.

—Sí, yo mismo.

—El aviso sigue en pie, téngalo en cuenta. No hablábamos en broma, ¿comprende?

La comunicación se cortó. Sally observó que la preocupación asomaba al rostro del joven.

—¿Quién era, Neil?

—El mismo que dejó el anónimo en el coche.

—Deberías avisar a la policía —sugirió ella.

—No, no conseguiría nada. Lo mejor es seguir como hasta ahora.

—A menos que tropieces con una bala.

—Procuraré evitarlo. ¿Quieres otro trago?

Sally recogió su bolso.

—Me conviene mantener la cabeza serena —contestó intencionadamente. Desde la puerta, se volvió hacia el joven—. A pesar de mi profesión, no soy lo que piensas.

—Pienso que eres una chica estupenda y que me esforzaré mañana por hacerte pasar un día maravilloso. Estaré a las nueve en punto en la puerta de tu casa.

—Seré puntual —prometió Sally.

Al quedarse solo, Millard se puso otro trago y encendió un cigarrillo. El día había sido bastante agitado, pero no sentía ninguna fatiga. Consultó el reloj. Eran poco más de las diez y media y no tenía ningún sueño.

Haría una tentativa y, si fracasaba, no habría perdido nada. Pero le parecía que era muy conveniente encontrar a Lefty Stone cuanto antes.

El hombre llegó ante la puerta del apartamento, sacó la llave, que insertó en la cerradura, y la hizo girar. Luego abrió y, en el mismo momento, recibió un tremendo empujón, que lo tiró de bruces al suelo.

Lefty Stone emitió una obscena interjección. Apenas había caído, empezó a girar sobre sí mismo, para sacar la pistola. Incluso consiguió sentarse, pero entonces, la puntera de un zapato golpeó dolorosamente su hombro derecho, entumeciéndoselo. Un segundo después, el mismo zapato chocó contra su mentón y perdió el conocimiento.

Cuando volvió en sí, notó que todo daba vueltas a su alrededor. Al cabo de unos segundos, se sintió mejor y se frotó con la mano derecha el mentón dolorido.

—Son las doce y pocos minutos de la noche —dijo Millard—. Ayer, a las dos y media, unos tipos nos secuestraron a mi amiga y a mí. No podía verles la cara bien, porque ambos llevaban unas grandes gafas de color. Pero no usaban guantes lo que me permitió ver una cicatriz en la mano derecha de uno de los sujetos.

Stone perdió el color instantáneamente. Sin poder contenerse, bajó la vista un segundo hacia su mano derecha.

—Es usted muy observador —comentó—. Y pega duro.

Millard hizo bailar en su mano el revólver que le había quitado al pistolero.

—También sé apretar el gatillo de un arma —dijo.

—¿Quiere decir que sería capaz de matarme? —se asombró Stone.

—¿Quién iba a saberlo?

—La detonación se oiría...

—En este barrio, la gente se cuida de sus propios asuntos. Cuando estaba dormido, ha sonado un disparo en la manzana contigua. Nadie se ha movido.

La lengua de Stone asomó, para lamerse los labios súbitamente resecos. Lo que había dicho Millard era una mentira, pero él no tenía ocasión de saberlo. Nadie había disparado un tiro, aunque sí era cierto que la falta de curiosidad por los asuntos ajenos en aquella zona era absoluta.

—Bueno, en realidad, yo no sé mucho. Es Jeff Berry el que me habló del asunto —dijo el pistolero—. Jeff conoce al tipo que nos contrató.

—Me gustaría creerte, Lefty.

Stone se encogió de hombros.

—Aunque me mate, no conseguiré saber nada más —respondió.

—Salvo el sitio en donde puedo encontrar a Berry.

Stone vaciló. Millard echó hacia atrás el percutor del revólver.

—O me lo dices o disparo —exclamó duramente—. De un modo u otro encontraré a Berry, pero puedes salvar la vida, evitándome el trabajo de localizarle.

—Suele ir todos los días, hacia las siete y media de la tarde, al salón de billares de «Loco» Tovey —exclamó el pistolero precipitadamente—. Está en la calle Farndon, es todo lo que puedo decirle...

—Lefty, por tu bien, espero que no le digas nada a Berry. Si es así, cuando yo hable con él, le diré que te has «chivado». Imagínate el resto.

Stone asintió, tragando saliva. Millard sacó las balas del tambor del arma y las arrojó debajo de un diván. Luego tiró el arma hacia el dormitorio que se veía al fondo.

—Cierra el pico, es muy saludable —se despidió.

Estaba seguro de que Stone callaría. Berry debía de ser un tipo mucho más duro. Indudablemente, era el que había dirigido la operación del secuestro y al que había derribado con la culata del arma. Lo tendría en cuenta, se dijo, mientras descendía por las escaleras malolientes y escasamente iluminadas.

Para llegar, había utilizado el ascensor, ya que el apartamento de Stone se hallaba en el sexto piso. Pero el aparato no le inspiraba ninguna confianza; la puerta había fallado una vez y se movía como un bote pesquero con marejada. Bajar a pie era mucho más seguro.

Momentos después, entraba en su coche, situado a unos treinta pasos de distancia de la puerta del edificio.

Cuando se disponía a dar el contacto, oyó una detonación, seguida de un estruendo de cristales rotos.

Alguien lanzó un terrible alarido. Un cuerpo humano describió una parábola en el aire y fue a estrellarse con la acera, con horrendo ruido de huesos rotos. El morro del automóvil estaba encarado en aquella dirección y Millard pudo presenciar la escena con todo detalle.

Miró hacia arriba. La luz del apartamento de Stone se había apagado. Era inútil intentar la persecución del asesino. El edificio era contiguo a otros del mismo sitio. Había más de cien viviendas en total, patios traseros, escaleras de incendio... El asesino tendría

tiempo de escapar más que sobrado.

Salió del coche y se acercó al cuerpo, que vertía la sangre a chorros sobre la acera. No se fijó en su cara, sino en la mano que pendía fuera del bordillo de la acera.

Sin saber por qué, pensó en Evangelina. La joven diría: «Quien vive de la espada, por la espada perecerá». Alguien había cerrado una boca que estimaba imprudente, pero ya era tarde.

A lo lejos se oyó una sirena policial. Destellaban las luces del coche de patrulla. Había curiosos en la ventana. Algunos cruzaban la calle. Millard encendió un cigarrillo.

* * *

Había hierba fresca, flores silvestres, álamos susurrantes y una pequeña cascada, que se derramaba sobre un estanque de aguas absolutamente transparentes. Arrobadada, Sally juntó las manos.

—Esto es como un paraíso —dijo.

—Sin serpientes —rió Millard—. ¿No conocías este lugar?

—Cuando era pequeña, teníamos una granja, pero nos mudamos pronto a la ciudad. Conozco muy bien el cemento y el asfalto, pero casi es la primera vez que salgo al campo, desde que abandonamos la granja —respondió.

—Celebro que te guste el paraje —dijo él—. Ya conoces el camino, de modo que otro día puedes venir sola. O con el que más te guste.

—Vendré más de una vez, tenlo por seguro. Oye ¿sabes que hay algo que me tienta enormemente?

—¿Qué es, preciosa?

—El estanque. Me gustaría bañarme, pero no he traído traje de baño.

—Me volveré de espaldas —dijo Millard.

Sally le miró maliciosamente.

—¿No te gustaría a ti también darte un baño?

—Si lo prefieres así... pero ya sabes cuál es la situación respecto a indumentaria.

—Vuélvete de espaldas. Te llamaré cuando esté dentro del agua.

Millard obedeció. Momentos después, oyó la voz de la joven. Se desnudó y corrió hacia el estanque, en el que Sally era una mancha

blanca que se movía perezosamente.

—Tendrás que secarte al sol —dijo él, nadando junto a la joven—. No hemos traído toalla...

—Tengo el mantel de la comida —respondió ella—. Podemos suprimirlo.

—Habiendo comida, el mantel sobra —rió Millard.

Al cabo de unos momentos, Sally tomó pie en un lugar donde el agua llegaba justo a cubrir sus senos. Millard se puso frente a ella y rozó la cintura con sus manos. Sally se estremeció ligeramente.

—¿Qué buscas, Neil? —murmuró.

—Nada que no quieras darme voluntariamente —respondió él.

Los brazos de la artista emergieron como blancas serpientes, chorreando agua, y se enroscaron en torno al cuello de Millard.

—Tienes una forma de pedir las cosas, que es imposible negarte lo que deseas —murmuró ardientemente.

—¿No lo deseas tú también?

Sally le mordisqueó el labio inferior. Millard acentuó la presión de sus brazos. De pronto, levantó en peso a la joven y empezó a caminar hacia la orilla.

CAPÍTULO VII

El hombre era delgado, de rostro anguloso y tenía el párpado izquierdo caído. Detrás del pringoso mostrador, fumaba un apestoso cigarro, mientras entretenía su aburrimiento con una revista «porno».

Al fondo del local, un hombre mataba el tiempo, dándole con el taco a las bolas de billar. Millard observó el panorama un instante y luego se acercó al mostrador.

—¿Tovey?

—Sí. ¿Qué le sirvo, amigo?

—¿Cuánto ganaría usted con el local lleno durante una hora?

El párpado perezoso de Tovey pareció saltar un instante.

—Oh, no sé, veinte, treinta «pavos»... Pero ¿qué diablos le importa?

Impasible, Millard puso cinco billetes de veinte dólares sobre el mostrador.

—Cuelgue el cartelito de «CERRADO» en la puerta y baje la cortinilla —ordenó—. Luego váyase a los servicios y no salga por lo menos durante un cuarto de hora.

La prominente nuez del sujeto subió y bajó unas cuantas veces. Tovey asintió precipitadamente, hizo lo que le ordenaban y desapareció de la escena.

Entonces, Millard se acercó a la mesa de billar. Al reconocerle, Jeff Berry pareció sobresaltarse un instante, pero volvió a inclinarse para tomar puntería con el taco.

Antes de que el taco rozase la bola elegida, Millard arrojó otra a través de la mesa, Berry se incorporó lentamente.

—Tiene ganas de jaleo —dijo.

—No, tengo ganas de jugar un poco —respondió Millard, que ya

se había apoderado de otro taco—. ¿Me permite?

—No le conozco, no me gusta su tipo y quiero estar solo. ¡Largo!

—El que está solo es Lefty Stone. ¿Ha leído los periódicos?

—¿Quién es ese tipo?

—¿No recuerda la casa de South Green Hills?

—No he estado jamás en aquel lugar.

Millard reconoció que Berry era realmente duro. Posiblemente, llevaba un arma bajo la chaqueta. Pero ignoraba si él también estaba armado y por ello no sacaba su pistola a relucir.

—Anteayer, yo y una chica fuimos secuestrados. Vi muy bien la mano de Stone. Hablé con él antes de que un disparo lo hiciese saltar a través de la ventana de su piso. «Cantó» como un canario en celo.

Los ojos de Berry chispearon. Millard presintió su reacción y, antes de que se moviera, lanzó su taco al aire, lo hizo girar y, recogiénolo con la mano, lo disparó hacia adelante como si fuese una jabalina.

Berry, sorprendido, no pudo evitar el impacto de la contera, que le alcanzó en el pecho, haciéndolo trastabillar. Antes de que pudiera recuperarse, Millard le arrojó una bola con todas sus fuerzas.

El proyectil alcanzó a Berry en el estómago, arrancándole un grito de agonía. Literalmente, Millard apedreó al hampón con todas las bolas que tenía encima de la mesa. Berry, desmoralizado, no sabía cómo cubrirse de aquel insólito ataque. La última bola fue dirigida venenosamente contra la rodilla derecha y, al llegar a su blanco, se oyó un atroz grito de dolor.

Berry, con el semblante contraído, se arrodilló. Millard corrió hacia él. Al pasar, se apoderó de su taco y empezó a vapulearle de lo lindo la espalda. Berry cayó de bruces, gimiendo y suplicando clemencia. El taco se partió con fuerte estallido, pero Millard se quedó con la parte más gruesa, que aplicó sin piedad a las nalgas del hampón.

—Basta, por todos los diablos...

—Extiende las manos en el suelo —ordenó el joven—. No quiero que toques la pistola, ¿estamos?

Una de las bolas, de refilón, había alcanzado la nariz de Berry y sangraba profusamente. Millard apoyó en el cuello del sujeto la parte astillada del taco y apretó un poco.

—Dime el nombre del tipo que os contrató para secuestrarnos —ordenó.

Berry vaciló un instante. Millard acentuó la presión.

—Fred Coogan —contestó el matón rápidamente.

—Os pagó por el trabajo, ¿verdad?

—Quinientos dólares...

—Una porquería —dijo Millard despectivamente—. Pero ¿qué se puede esperar de unos miserables como vosotros? ¿Quién mató a Stone?

—Yo no lo hice, lo juro. Si quiere, le doy mi revólver para que lo lleve a la policía...

—No, me basta con tu palabra. ¿Dónde vive Coogan?

—Alvarado Road, mil trescientos cincuenta y uno.

—Si quieres, puedes avisarle de que hemos estado hablando; ya le encontraré un día u otro. Pero me parece que no te conviene.

Berry contestó con un bufido. Millard volteó el taco nuevamente y lo usó para aplastar la mano derecha del sujeto. Berry volvió a gritar, se sentó y empezó a vomitar obscenidades. El joven se hartó y movió el taco en semicírculo horizontal, estrellándolo contra la boca del sujeto. Crujieron algunos dientes y, casi sin sentido, Berry se desplomó de espaldas.

Tovey asomaba temerosamente por la puerta de los servicios.

—El local está abierto de nuevo —se despidió Millard alegremente.

* * *

—El único que puede saber dónde se encuentra tu tío es Fred Coogan —dijo Millard aquella misma noche, en el «Golden Arabian», durante uno de los entreactos.

—No he oído ese nombre en mi vida —respondió Sally—. Pero ¿crees que vas por el buen camino?

Millard hizo un gesto de desaliento.

—No lo sé. Hasta ahora, sólo he conseguido dar con una persona que conociera a Howard, y eres tú. Me interesa encontrar a tu tío, porque él me llevará a los otros tres, eso es todo.

—¿Cuándo piensas visitar a Coogan? —preguntó ella.

—Dejaré pasar algunos días para que se confíe. Tengo la

seguridad de que sabía que yo estaba hablando con Stone...

—Si es así, ¿por qué no disparó también contra ti?

—No quiso correr riesgos. Uno de los dos, Stone o yo, podíamos sobrevivir. No se mata tan fácilmente a dos personas, Sally. Y el superviviente le habría delatado y no le convenía.

—Prefirió asegurarse, cerrando una boca comprometedora.

—Exacto.

Millard se inclinó sobre la joven y besó suavemente su empolvada mejilla.

—Avisa cuando tengas ganas de volver al estanque de la cascada —dijo.

—No me conviene esa clase de excursiones; me perturba mucho —rió la artista.

Millard abandonó el local. De nuevo volvió a pensar en Evangelina. Una mujer muy distinta de Sally. Pero la artista era también una chica encantadora. No parecía el tipo de mujer capaz de acostarse con cualquiera y en cualquier momento.

De pronto, se dijo que debía hacer una visita a Evangelina. Pero no podía ir mientras ella trabajaba. ¿Por qué no el domingo?, pensó.

Brunning le llamó al día siguiente.

—Espero noticias tuyas, señor Millard —dijo el hombre secamente.

—No hay nada nuevo. Trabajo, eso es todo.

—Me dijeron que obtendría resultados rápidos...

—Obtengo resultados casi siempre, pero nunca rápidos, sino seguros.

—Ya —murmuró Brunning—. Dispénsame, pero me siento impaciente.

—Comprendo. Sin embargo, debe tener en cuenta una cosa: en este asunto, el tiempo es lo que menos importa.

—De acuerdo. Llámeme apenas sepa algo de nuevo.

Por un instante, Millard sintió la tentación de preguntarle si conocía a Fred Coogan, pero desistió en el acto. No, Brunning, pese a todo, no era persona de fiar.

Hablaría con Jock Medina. Tal vez su amigo pudiera decirle algo, decidió finalmente.

Penélope entró en el despacho, con un periódico en la mano.

—Jefe, ¿ha visto a Brunning?

—¿Qué sucede, Penny? —preguntó Millard.

La secretaria extendió el periódico sobre la mesa. Había una fotografía en primera página. El pie mencionaba la fusión de dos importantes empresas de electrónica, en la que Brunning iba a desempeñar un papel muy importante. Se iba a construir una nueva fábrica, aunque todavía no se había llegado a un acuerdo sobre el emplazamiento de dicha factoría, extremo que, se esperaba, sería solucionado muy pronto.

La noticia no era relevante para Millard, salvo por un detalle: Mutt McCane figuraba en el grupo de personajes fotografiados. Estaba en uno de los extremos y la noticia no mencionaba si su nombre ni el papel que desempeñaba en aquella reunión de financieros.

Profundamente pensativo, Millard se recostó en su sillón. La secretaria le contemplaba con gran interés. De pronto, él se incorporó de un salto.

—Voy a salir —anunció—. No me espere.

—Bien, jefe. Tenga cuidado —recomendó Penélope.

—Sí, gracias.

Media hora más tarde, McCane recibía al joven. McCane vestía afectadamente, bata de seda de color rojo oscuro y pañuelo de seda blanca al cuello. En la mano izquierda tenía una larga boquilla negra, con un cigarrillo humeante.

—Creí haber oído el otro día que me despreciaba —dijo McCane envaradamente.

—Mis sentimientos no han variado —respondió Millard con brusquedad—. Pero usted y yo tenemos que convivir en esta ciudad, aunque no nos gustemos.

—Gracias por la observación. ¿Puedo servirle en algo?

Millard le enseñó la fotografía.

—¿Qué papel pinta usted en esta reunión de negocios? —inquirió.

McCane lanzó una mirada indiferente al diario.

—No creo que le interesen mis asuntos personales...

—¿Cuánto le ofrece la *Electronics Consolidated* por los terrenos de Dawn Valley?

—No responderé a sus preguntas. No tiene derecho a

formularme ninguna y yo puedo hacer lo que quiera con mis propiedades, siempre que tales acciones estén dentro de la ley.

—Lo tendré en cuenta —dijo Millard—. Pero esa negativa suya a contestarme, indica que sus actos no son tan legales como pretende. Yo también soy abogado, ¿lo sabía?

McCane vaciló ligeramente.

—Bien... carraspeó, —la oferta que me hace la E. C. es muy... interesante...

—Pero no alcanza ni de lejos los cuatro millones que pide a la comunidad de New Hope City, ¿verdad?

—¿Por qué no se marcha y me deja en paz?

Millard sonrió, a la vez que simulaba quitarse un sombrero inexistente.

—Ha sido una entrevista altamente fructífera. Mil gracias, señor McCane —se despidió.

La cosa estaba clara, se dijo, mientras volvía al coche. McCane había fijado un plazo y un precio a los habitantes de Dawn Valley. Sin duda, sabía que aquellas gentes no podían pagar los cuatro millones. Pero ello le servía para presionar a los miembros del consejo directivo de la nueva empresa, para conseguir una buena suma por los terrenos.

Sin embargo, se dijo, McCane había cometido un error.

El domingo lo comprobaría sin lugar a dudas, finalizó así sus reflexiones.

* * *

El día era claro, radiante. Por aquella carretera, apenas si circulaban vehículos. Millard se sentía feliz, lejos de las atestadas autopistas. El aire era puro, transparente.

De súbito, oyó un estallido.

El coche perdió la estabilidad. Millard maldijo entre dientes.

—¿Es que cada vez que vengo por aquí se me va a reventar una rueda?

Esta vez, sin embargo, consiguió hacerse con el control del vehículo y lo arrimó a un lado. Apenas se había detenido, oyó un rugido que aumentaba de volumen rápidamente.

Miró por el retrovisor lateral. Un coche se le acercaba a toda

velocidad. El instinto le hizo lanzarse hacia la derecha. Abrió la portezuela, se tiró al suelo y rodó por la hierba, mientras, sobre su cabeza, resonaba el estruendoso tableteo de una pistola ametralladora.

Los cristales del lado izquierdo y el parabrisas saltaron en mil pedazos. Las balas salieron por el lado opuesto, destrozando asimismo los restantes vidrios. Tendido de bruces sobre la hierba, Millard no se atrevía a mover un músculo.

El coche se alejó. Millard levantó la cabeza.

Un cuarto de kilómetro más adelante, el coche de sus atacantes se había detenido y viraba, para regresar por el mismo camino. Millard reptó hacia atrás, escondiéndose detrás de unos arbustos.

El automóvil de los pistoleros se detuvo un minuto más tarde junto al del detective. Millard vio que se apeaba un sujeto, provisto de una «Thompson». El arma escupió una larga ráfaga. Su dueño barría la parte delantera del coche. Junto al volante del otro automóvil, un individuo contemplaba divertidamente la operación.

La ametralladora calló. Entonces, un pedrusco, grueso como el puño, voló por los aires y chocó contra el lado izquierdo de la cabeza del conductor, que se desplomó instantáneamente a un lado.

Su compañero, asombrado, miró a derecha e izquierda, sin comprender muy bien lo que sucedía. Cuando vio la piedra que volaba directamente a su rostro, era demasiado tarde. El impacto le hizo saltar hacia atrás, con los brazos abiertos.

Millard corrió hacia el camino y se apoderó de la ametralladora. Luego, con el arma en la mano, se acercó al conductor. Había lanzado una piedra primeramente contra él, porque sabía que la ametralladora había consumido la munición y su dueño tardaría algunos segundos en usarla de nuevo. En cambio, el chófer podía llevar un revólver...

Lo tenía. Millard arrojó las armas a unos arbustos próximos. Luego, uno tras otro, arrastró a los pistoleros fuera del camino. No quería molestarle en hacerles preguntas. La respuesta sería Coogan... si lo sabían.

Para mayor precaución, y también como burla, descalzó a los matones y se llevó sus zapatos al coche que habían utilizado hasta aquel momento. Millard no pudo por menos de lanzar una mirada melancólica a su automóvil.

—Dos coches, en una semana. Esto va a ser mi ruina —gruñó.

Sentándose tras el volante, dio la marcha atrás, viró en redondo y prosiguió la ruta en dirección a New Hope City.

CAPÍTULO VIII

Los grises ojos del hermano Caleb expresaron la sorpresa que le producían las palabras del visitante que había llegado acompañado de Evangelina.

—Por supuesto —dijo Caleb Houston—, el señor McCane nos hizo la notificación de forma oficial.

—Es decir, una vez que el juez revocó la donación, él les hizo saber que les concedía un plazo para comprar o abandonar Dawn Valley.

—Exactamente, señor Millard, así fue.

—¿Está autenticada la notificación?

—Desde luego. Un abogado amigo nuestro, que por cierto actuó gratuitamente, nos aconsejó se lo pidiéramos así a McCane. Ese abogado y el de McCane se entrevistaron, a fin de redactar la notificación, en el mejor sentido posible para nosotros. Pero temo que eso no nos sirva de mucho, señor Millard.

—McCane cometió un error al firmar ese documento —manifestó el joven—. Claro que entonces no lo consideraba así, ya que pensaba obtener grandes beneficios de la operación.

—¿Qué beneficios? —preguntó Evangelina, presente en la estancia donde tenía lugar la entrevista.

—McCane pretende vender los terrenos a una compañía que piensa instalar aquí una factoría. Por lo que deduzco, le ofrecen menos de lo que desea. Ahora bien, con la noticia de que puede obtener cuatro millones por Dawn Valley, trata de presionar a los directivos de esa empresa para conseguir, al menos, una suma idéntica.

—Nosotros no podemos —manifestó Houston desalentadamente—. Cuatro millones representan para unas pobres gentes como

nosotros, algo así como la infinidad de las estrellas del firmamento.

—Las estrellas no se pueden contar, el dinero sí —dijo Millard maliciosamente—. Hermano Caleb, permítame que le dé un consejo. Guarde en lo más profundo el documento que firmó McCane. Puede resultar de importancia vital para ustedes.

—Yo no lo creo así. Puesto que no podemos comprar los terrenos, lo mismo nos da tener o no papeles...

—Los papeles nunca estorban —dijo el joven sentenciosamente—. Por lo menos, éste prueba que McCane está dispuesto a cederles los terrenos, por una determinada cantidad y cierta suma de dinero. Si no dispusiera de ese documento, ahora mismo podría echarles de aquí y ustedes no podrían resistirse.

—Seguiré su consejo, señor Millard —prometió Houston.

Millard se asomó a la ventana y contempló el panorama durante unos segundos.

—Realmente, es un paraíso —dijo al cabo—, y no deben ser expulsados de él.

—Es la suerte que nos espera, y no veo forma de evitarlo —contestó Houston tristemente.

—Confiemos en el Señor, hermano Caleb —intervino la joven.

—Sí, es nuestra única esperanza.

—Yo tengo que marcharme del valle, pero no me gustaría utilizar el mismo camino —manifestó el joven—. ¿No hay otra ruta para salir del valle que la carretera que lo atraviesa?

—Hay un camino antiguo, pero su estado es deficiente. Nosotros lo utilizamos en ocasiones, cuando queremos llegar a la autopista que se dirige a la costa.

Millard se volvió hacia la muchacha.

—Sin duda, la hermana Evangelina querrá enseñármelo —sugirió.

Ella se ruborizó ligeramente.

—Con mucho gusto —accedió.

Millard estrechó la fuerte mano de Houston y salió de la casa, en compañía de Evangelina. Ella dijo que iba a avisar a sus padres y se separó algunos momentos, para regresar junto a Millard rápidamente.

—A usted le sucede algo —dijo, cuando ya estaban en el interior del coche—. No es natural que trate de regresar siguiendo otra ruta.

—Tiene razón: Cuando venía hacia aquí, me han ametrallado por dos veces. Primero, reventaron una de las ruedas a tiros, para que me parase y conseguir mejor puntería. Luego hicieron una pasada, se alejaron, dieron media vuelta y descargaron un segundo cargador. El coche ha quedado hecho una ruina.

Evangelina se estremeció.

—Pero ¿quién le desea la muerte, señor Millard? —exclamó.

—Estoy investigando un asunto en el que hay involucrada una importante cantidad de dinero —respondió él—. Parece ser que hay alguien interesado en que me quede quieto.

—¿Lo conoce?

—No.

Millard no quiso hablar de los asesinatos que se habían cometido. Evangelina no tenía por qué padecer, enterándose de las salvajadas que se habían producido, por una venganza y, seguramente también, por cuatro millones.

—Pero puede avisar a la policía, ¿no?

—De nada serviría. En cuanto supiesen que la policía tomaba cartas en el asunto, se quedarían quietos. Luego, al cabo de un tiempo, volverían a las andadas... y estaríamos como ahora. Lo mejor es terminar cuanto antes.

—Sé que sus propósitos son honestos. Rezaré al Señor, para que llegue al final con éxito —dijo la joven.

—Gracias, hermana Evangelina. Yo estoy seguro de que Dios oírás sus oraciones. Pero rece también por mí; soy un pobre pecador y merezco la ayuda de sus oraciones.

—Todos somos pecadores. Hasta el más santo, peca setenta veces siete al día, dice la Biblia.

—Bueno, a veces, la Biblia es un poco exageradilla —rió Millard. Y Evangelina se echó a reír también, cosa que a él le agradó muchísimo.

El coche remontó de pronto una larga cuesta. Entonces, ella le pidió que detuviese el vehículo.

—Ya hemos llegado —dijo—. A partir de ahora, bastará que siga el camino, para atravesar las colinas y llegar a la autopista.

Millard paró el coche. Evangelina se apeó y él hizo lo mismo.

—He tenido un guía encantador —dijo Millard—. Perdona la molestia.

—Al contrario, ha sido un placer. Usted trata de ayudarnos y debemos agradecerse sinceramente. Es nuestro deber.

Millard paseó la mirada por el hermoso panorama que se extendía a los pies de aquella pequeña loma. Había campos fértiles, árboles cargados de frutos, pequeños arroyos que habían nacido donde antes sólo era un terreno árido y estéril... Hasta él llegaban efluvios de flores silvestres, y los monótonos sonidos de las cigarras y los grillos. A lo lejos, una bandada de palomas levantó súbitamente el vuelo y evolucionaron alborotadamente durante unos momentos, antes de volver a posarse sobre el alero de un edificio.

—Le gusta nuestro valle —adivinó Evangelina.

—Más que el valle, me gusta la paz y la calma que se respiran aquí. Sinceramente, les envidio.

Evangelina sonreía de un modo singular. Impulsivamente, Millard tomó una de sus manos. Ella no se resistió al contacto masculino. Durante unos segundos, se contemplaron mutuamente a corta distancia. Luego, él inició el avance. Evangelina respiró hondamente y cerró los ojos. Cuando sus labios rozaron los de la muchacha, Millard se sintió poseído por una emoción que no había sentido jamás antes. Pero algo le hizo separarse muy pronto, tan azorado como un colegial.

—Dispénseme, no he debido hacerlo...

Ella sonreía con dulzura.

—A veces, las cosas no se pueden evitar, Neil —respondió.

Millard asintió. De pronto, dio media vuelta y se sentó en su asiento.

—Adiós, hermana...

—Llámeme Lina, como en casa. El título de hermana es... digamos para el exterior —manifestó la muchacha.

Millard sonrió.

—¿Puedo volver a visitarla, Lina?

—Siempre que lo desee, Neil.

El joven asintió. Hizo girar la llave de contacto y pisó el acelerador. Por el espejo, miró un instante hacia atrás. En pie, en el centro del camino, Evangelina agitaba su mano afectuosamente. Millard se dio cuenta de que se sentía enormemente atraído hacia la muchacha, pero, al mismo tiempo, notaba cierta perplejidad,

porque no estaba seguro de la firmeza de sus decisiones.

El coche quedó estacionado en un callejón, a la entrada de la ciudad. Millard caminó unos cien metros, divisó un taxi y le hizo señas de que parase. Apenas llegó a su casa, se metió en la ducha y dejó que el agua fría corriese libremente sobre su cuerpo durante largo rato.

* * *

Al oír la llamada, Millard cruzó la sala y atisbo por la mirilla. Satisfecho de la identidad de su visitante, abrió y se echó a un lado.

—Entra, preciosa —dijo—. Te serviré un trago...

—No, sólo agua fría —pidió Sally—. Voy a actuar dentro de poco y necesito la cabeza clara.

—Muy bien, como quieras.

—Has estado fuera todo el día —dijo Sally, siguiéndole hasta la cocina.

—Fui a Dawn Valley. Quería averiguar algunas cosas sobre la propiedad.

Ella se recostó contra la jamba de la puerta.

—Te interesan esas gentes, ¿eh? ¿O es sólo una persona la que llama tu atención?

Millard le entregó el vaso, lleno de agua helada hasta el borde.

—¿Alguien dijo que el place? Y los negocios no son incompatibles —respondió maliciosamente—. Evangelina Dahl es una muchacha encantadora y virtuosa, y tiene una conversación muy agradable.

—¿Te has enamorado de ella?

Millard guardó silencio durante unos instantes.

—No lo sé —respondió al cabo—. Me atrae enormemente..., pero no estoy seguro de si lo que siento hacia ella es simpatía y afecto amistoso o algo más. Trata de comprenderme, preciosa.

—Te comprendo muy bien. Hacia mí sólo sientes... la atracción de la carne —dijo Sally, un tanto despechada.

—Nena, el otro día, cuando estuvimos en el estanque de la cascada, no ocurrió nada que no fuese lógico. Yo no digo que no lo desease, pero tú, si querías evitar el riesgo, no deberías haberte bañado desnuda, ni llamarme a mí para acompañarte en el baño,

también desnudo.

—O sea, la culpa es de los dos.

—Estabas dispuesta a ceder y yo no iba a echarme hacia atrás. Si hubiese advertido los síntomas opuestos, créeme, no habría forzado tu decisión.

Sally sonrió.

—Eres un tipo encantador —elogió—. Lo que acabas de decir es la pura verdad. Yo también deseaba ceder. Lo deseaba como nunca hasta entonces.

—Gracias, preciosa.

—Pero —suspiró ella—, te casarás con la hermana Evangelina. Yo no soy de la clase de mujeres que los hombres buscan para formar un hogar. Hay ahora mucha libertad, mucho desprecio a las normas... pero, en el fondo, todos quieren tranquilidad y seguridad.

—Además de amor, no lo olvides. Es lo más importante.

—Ella puede darte todo el amor que necesitas. Bien. —Sally volvió a suspirar—, creo que ya hemos terminado... Ah, se me olvidaba decirte una cosa que puede interesarte. Conozco a la fulana de uno de los compinches de mi tío.

Millard se sintió súbitamente interesado por aquellas palabras.

—Habla —pidió.

—Se llama, o se hace llamar, Rosa

D'Emilio

. Por supuesto, ella no conoce mi parentesco con Jess Howard, ni siquiera se imagina que ése es mi apellido. Sólo lo saben el dueño del local y un par de hombres de su confianza, y son gentes discretas.

—Sigue. ¿Quién es esa Rosa

D'Emilio

?

—Canta algunas canciones un tanto fuertes y hace juegos de manos, no demasiado buenos, todo sea dicho. Pero su camerino está contiguo al mío y ayer la oí conversar con un hombre, que le preguntaba por el paradero de su fulano, un tal Pete «El Cojo». El hombre mencionó también a tío Jess...

—El apellido de Pete «El Cojo» es Bickle y formaba parte del cuarteto que liquidó a Ray Brunning —dijo Millard.

—No me extraña. Bien, Rosa dijo que hacía mucho que no sabía

de Pete y el hombre pareció conformarse con la respuesta. Quizá tú le saques algo más, Neil.

—Lo intentaré. ¿Sabes dónde vive?

—No, ni me he preocupado siquiera. Tendrás que seguirla, cuando termine su trabajo...

En aquel instante, llamaron a la puerta. Millard y la joven se volvieron al mismo tiempo.

—Quieta —aconsejó él a media voz.

Millard se acercó a la puerta y, con gran asombro por su parte, divisó a un policía de uniforme. Abrió, preguntándose lo que el tipo podía desear de él.

—¿Señor Millard?

—Sí...

—Edsom, sargento de la policía de carreteras, señor. Hemos encontrado su coche en la secundaria 22, completamente acibillado a balazos. ¿Puede decirme qué ha sucedido?

—Ah, sí, sargento, claro. La verdad es que no entiendo muy bien lo que ha pasado... Se me reventó una rueda y me detuve para cambiarla. Pero antes tenía deseos de orinar y me aparté al pie del terraplén. Entonces, pasó un coche a toda velocidad, con un tipo soltando tiros como si estuviese en la guerra. Yo me tiré al suelo, naturalmente. Luego, el coche volvió y el pistolero se apeó, para largar otra ráfaga de balas. Cuando descargó su ametralladora, le arrojé una piedra y lo dejé sin sentido. Hice lo mismo con el conductor, me apoderé de su coche, porque el mío había quedado inservible... La verdad, sargento, no sé por qué hicieron eso; yo no tengo enemigos que deseen mi muerte... Pienso que debieron de confundirse... Naturalmente, si ellos habían destrozado mi coche, era lógico que yo usara el suyo para regresar. Puede encontrarlo en el callejón que hay casi a la entrada de Pine Road.

Edsom tomaba notas mientras el joven hablaba. Cuando Millard hubo terminado, le preguntó si se había fijado en sus atacantes.

—Pues, no mucho. Yo, lo único que quería era acabar cuanto antes... El chófer tenía la cara en la sombra y el ametrallador estaba detrás de su máquina... Las ropas eran corrientes...

—Gracias, señor Millard. Haremos que una grúa lleve su automóvil a un taller de reparaciones.

—Mejor a un cementerio de coches —sonrió el joven.

—Como quiera. Buenas noches, señor.

—Buenas noches, sargento.

Cuando el policía se hubo marchado, Sally corrió ansiosamente hacia Millard.

—No me habías contado el ametrallamiento —le reprochó.

—Pensé que lo mejor sería no ponerte nerviosa —sonrió él—. Pude darme cuenta de sus intenciones y salté a tiempo del coche. He mentido en parte al sargento Edsom como puedes comprender.

Sally le oprimió el brazo con fuerza.

—Ten cuidado cariño —aconsejó—. Y ven a verme después de que hayas hablado con Rosa

D'Emilio

·
—Lo intentare o, por lo menos, te llamaré por teléfono.

Sally se empinó sobre las puntas de los pies y le besó en los labios. Luego taconeó vivamente hacia la puerta, pero antes de salir, se volvió hacia él.

—Neil, ¿qué me has dado? —exclamó—. ¿Por qué me preocupas tanto?

—Son cosas que suceden, muñeca; no te lo tomes tan a pecho.

—Eso quisiera yo —suspiró la artista. Abrió la puerta y se hundió en la noche. Millard fue en busca de la botella. Necesitaba un trago.

CAPÍTULO IX

—A Pete le ha pasado algo —dijo Rosa

D'Emilio

, después de quitarse la espesa capa de maquillaje que cubría sus facciones.

—¿Por ejemplo?

—No lo sé con certeza, pero no resulta lógico que hayan transcurrido más de dos meses, desde nuestra última entrevista, y no haya venido a verme todavía. Compréndalo, se había pasado ocho años en la cárcel y salió mugiendo como un toro. Pero sólo pasamos juntos una noche y eso, para él, no era suficiente ni mucho menos.

—Entonces, usted opina que debería haberle visto más veces.

—Sí. Pete dijo que estaría unos días fuera, que tenía un buen asunto en perspectiva y que podríamos marcharnos de la ciudad y montar un negocio muy lejos de aquí. No le creí demasiado, pero tampoco había por qué dudar absolutamente de sus palabras.

—El negocio era el rescate del hijo de Brunning —manifestó Millard.

Rosa se envaró.

—Ahora ya lo veo claro —contestó—. Por eso digo que le ha pasado algo. Brunning es un tipo que no perdona nada, ni siquiera un pisotón involuntario.

—¿Piensa que Pete puede estar muerto?

—Seguro.

—¿Y sus amigos?

—También. Es más, apostaría algo bueno a que están metidos en los cimientos de algún edificio. Nadie los encontrará jamás, créame.

Rosa

D'Emilio

parecía muy convencida de lo que decía. Si era cierto, ¿por qué, se preguntó Millard, había querido Brunning que buscara a los asesinos de su hijo? ¿Qué sentido tenía encargarle una investigación que no iba a dar ningún resultado?

—Rosa, supongamos que encuentro a Pete. No le conozco personalmente, pero ¿cómo podría identificarle?

—Oh, muy sencillo. Le faltan tres dedos de la mano izquierda.

—Pero le llamaban «Cojo»...

Rosa se echó a reír.

—Años atrás, sufrió un accidente y se partió un tobillo. Pero luego su pierna quedó bien. Entonces fue cuando le pusieron el apodo.

Millard sonrió. Sacó unos billetes del bolsillo y los dejó sobre el tocador de la artista.

Rosa le miró sorprendida. El dijo:

—Usted lo hará mejor a su gusto. Cómprase flores y bombones.

—Es usted un tipo encantador —contestó ella—. Pensé que iba a pedirme algo.

Millard contempló a la mujer, de unos treinta y dos años, opulenta, de senos voluminosos, con un terrible atractivo sensual. Rosa se le ofrecía sin la menor reserva.

—Otro día —contestó—. Tengo trabajo aunque voy a hacerle una última pregunta.

—Sí, encanto.

—¿Quién era el tipo que hace dos días estuvo en su camerino, preguntándole también por Pete?

—No le había visto en mi vida —respondió Rosa—. Y no dio tampoco su nombre. Era alto, menos que usted, delgado, elegante, muy cortés... pero cada vez que me miraba, sentía frío en la espalda.

—¿Pelo? ¿Ojos? ¿Alguna señal en las manos? —inquirió Millard.

—Pelo castaño, ojos marrones... Llevaba las manos enguantadas, cosa que me chocó mucho, porque es verano y hace un calor insufrible. Ah, sí, otro detalle.

Mientras hablábamos, sacó una pitillera y me ofreció de fumar. No eran unos cigarrillos corrientes, pero el tabaco era exquisito. Lo que siento es no recordar la marca... Ah, la boquilla era dorada y

los pitillos ovalados en lugar de redondos. ¿Está satisfecho?

Millard sonrió.

—Muchísimo —contestó.

Ahora estaba claro que tenía un competidor. No era él sólo en intentar ganarse la recompensa de cuatro millones de dólares.

Por supuesto, el tipo que había visitado a Rosa

D'Emilio

no era Coogan. La descripción física que le había dado la artista de su visitante no se correspondía con la del sujeto que había ordenado eliminarle.

¿Quién era aquel extraño personaje que no vacilaba recurrir a los métodos más violentos para quitarle de en medio?

* * *

La mañana siguiente, fue de mucho ajeteo para Millard. Una de las visitas que hizo fue al sargento Edsom, quien le facilitó la dirección de dos tipos que podían haber sido muy bien los autores del ametrallamiento. Edsom le dijo también que los sujetos habían presentado una coartada, con lo que quedaban libres de la acusación.

—Pero no de la sospecha —añadió el policía—. Al Peterson es el dueño del coche que usted tomó al quedar inutilizado el suyo. Peterson sostiene que se lo robaron.

—Pero no denunció el robo.

—Dijo que no pensaba salir el domingo y que hasta la noche no se dio cuenta de que le faltaba el coche. No podemos hacer legalmente nada contra ellos, compéndalo.

—Tampoco yo lo pretendo —sonrió Millard—. Gracias, sargento.

Al Peterson dormía boca arriba, roncando estrepitosamente sobre una cama de sábanas nada limpias, con una botella medio vacía en el suelo, cuando, de repente, alguien le arrojó un cubo de agua por la cabeza. Peterson se incorporó, tosiendo y estornudando aparatosamente. Luego emitió unas cuantas blasfemias, pero se calló en el acto, cuando vio un revólver situado a pocos centímetros de su rostro.

—Hola, ametrallador —dijo Millard.

Peterson se puso lívido.

—No... no sé qué quiere...

Sonó un «click». El revólver era de Peterson y Millard se lo había sacado de debajo de la almohada, sin que su dueño se percatase de la maniobra. Peterson oyó el ruidito que hacía el percutor al ser echado hacia atrás y empezó a temblar convulsivamente.

—Por favor, *no* dispare... Se lo diré todo...

Millard sonrió.

—No eres nada duro, amigo —dijo.

En el lado izquierdo de la cara de Peterson se veían aún las señales de la pedrada. Era su compañero el que había usado la ametralladora, pero a Millard tanto le daba uno como otro. Cualquiera de los dos le diría lo que le interesaba.

—Muy bien —añadió—. Ahora, dime, ¿quién os pagó para ametrallarme?

Peterson vaciló un segundo. Pero casi en el acto se dio cuenta de que el revólver que le amenazaba podía dispararse y asintió con la cabeza.

—Coogan —dijo.

—Sospecho que Coogan no sabe elegir muy bien a sus colaboradores —especuló el joven—. ¿Puedo hacerte una observación?

Peterson hizo un gesto afirmativo.

—Recuerda a Lefty Stone. Le pegaron un tiro y saltó por la ventana de un sexto piso. Eso le pasó por charlatán, ¿comprendes?

—Creo... creo que me iré de la ciudad durante una temporadita...

—Aconséjaselo también así al de la ametralladora. Pensad los dos en Lefty.

Millard se retiró unos pasos, descargó el revólver, guardó las balas y lanzó el arma bajo la cama.

—¿Por qué guardas un revólver bajo la almohada, si luego te emborrachas como un cerdo? —dijo despreciativamente—. Yo podría haberte degollado y no te habrías enterado de nada, estúpido.

Peterson no tenía fuerzas para hablar. Millard dio media vuelta y abandonó aquella apestosa habitación. A la noche, se dijo, estaría con Coogan.

Regresó a su casa. Penélope le había dejado algunos documentos

para la firma. Después de dejarlos listos, fue a cambiarse de ropa. Apenas había terminado, llamaron a la puerta.

El rostro del visitante le resultó conocido, a pesar de que sólo lo había visto una vez. Millard se echó a un lado cortésmente.

—¿Quiere pasar, señor Martin? —invitó.

—Gracias —contestó el hombre fiel de Brunning—. En realidad, pasaba por aquí y se me ocurrió llamar a su puerta, en lugar de utilizar el teléfono. Espero no haberle interrumpido...

—Por favor —dijo el joven—. ¿En qué puedo servirle?

—El señor Brunning tiene interés en conocer la situación de sus investigaciones, señor Millard. ¿Puede darme noticias al respecto?

—Lo único que me cabe decirle es que van por buen camino, señor Martin. Sin embargo, tengo por norma no facilitar dato alguno a mi cliente hasta haber concluido la investigación. Entonces, presento un informe completo y...

—Un procedimiento algo irregular, ¿no cree?

—Se trata de un caso de asesinato y secuestro, no de un pleito, en el que la comunicación con el cliente debe ser constante. El señor Brunning me pidió que encontrase a los asesinos de su hijo y ni a él mismo le diré nada, hasta que haya concluido mi tarea. Trate de comprenderlo así, señor Martin.

—Muy bien. —El hombre fiel hizo una mueca que quería ser una sonrisa—. Le ruego me dispense la molestia.

—Al contrario, ha sido un placer.

Martin se marchó. Millard se situó junto a una de las ventanas delanteras, para ver al sujeto subir a un coche, conducido por otro hombre. Sin embargo, el conductor quedaba al otro lado, por lo que no le pudo ver la cara. A pesar de todo, procuró fijarse en las características del vehículo. La matrícula, debido a la penumbra del ocaso, era imposible de ver sin hallarse situado más cerca.

Unos minutos más tarde, le llamó Sally.

—¿Por qué no vienes a cenar conmigo? —sugirió la artista.

—¿En tu apartamento?

—Claro. Pero no esperes más que la cena; a las nueve y media tengo que acudir al trabajo.

—De acuerdo; estaré ahí antes de media hora —prometió el joven.

Medina llamó cuando ya se disponía a salir.

—¿Sabes quién es y qué hace Coogan? —dijo el dueño del bar.

—Una persona decente, no, desde luego —aseguró Millard—. ¿Has averiguado algo de él?

—Tiene algo así como una especie de bolsa de trabajo. Pero ya te puedes figurar qué clase de trabajo proporciona a la gente: apaleamientos, amenazas, incendios de tiendas, y hasta asesinatos por encargo.

—Ya. Desde luego, no contrata gente para obras benéficas.

—A menos que llames obra benéfica a llenarse bien los bolsillos —rió Medina—. Ten cuidado con él; es de la clase de tipos que saben hacer lo que encargan a otros.

—No olvidaré tu consejo, Jock.

* * *

La cena fue apetitosa y la velada resultó encantadora. Al terminar, Sally fue a su cuarto para cambiarse. Millard aguardó, fumando un cigarrillo. Todavía se sentía irresoluto. ¿Sally o Evangelina?

Arabas, a su manera, eran mujeres encantadoras. Pero le daba miedo profundizar en sus relaciones con Evangelina. El no era hombre capaz de dedicarse a la clase de vida que llevaba la muchacha. Y ella, por su parte, no querría abandonar su actual posición.

Sally salió, con el bolso en la mano.

—¿Listo, Neil?

El joven se levantó. Ella le miró, intrigada.

—Estás como ausente...

—Perdona, tenía la mente en otro sitio.

—Ya, pensabas en la hermana Evangelina —dijo Sally, irritada.

—Más que en ella misma, en sus problemas —respondió Millard con una media mentira—. He estado hablando con el juez Sampson, un verdadero experto en litigios sobre propiedades. —Abrió la puerta y se echó a un lado, para que Sally pudiera salir—. Le he explicado el caso y he tratado de ver si sé podía reducir el precio de Dawn Valley, basándose en los trabajos de mejora de las tierras, realizados durante diez años. A fin de cuentas, ese valle era antes un erial.

—Claro, tendrían que pagarles por su trabajo —exclamó Sally vivamente.

—Pero el juez conoce el caso y me ha asegurado que el abogado de McCane ha tenido en cuenta esa circunstancia, por lo que ha pedido el precio justo y actual de los terrenos. Si perteneciesen a las gentes del valle y los quisieran vender en su estado actual, recibirían no menos de doce millones de dólares.

Sally emitió un silbido, mientras Millard abría la portezuela de su coche.

—Aun así, cuatro millones no son una tontería —dijo ella.

—Para las gentes del valle, es algo tan inalcanzable como la luna —contestó Millard melancólicamente.

CAPÍTULO X

Millard subió lenta y cautelosamente las escaleras, deteniéndose a escuchar de cuando en cuando. El edificio estaba silencioso. La gente dormía ya en sus apartamentos. Aquella casa, pensó Millard, tenía un aspecto muy respetable. El lugar ideal para la residencia de un tipo que se dedicaba a contratar matones y asesinos. A lo mejor tenía hasta un perrito al que sacaría a pasear todas las mañanas al parque vecino.

Al fin, encontró la puerta que buscaba. Había un pequeño rótulo, con letras doradas: F. COOGAN, AGENCIA DE SERVICIOS ESPECIALES.

—Y tan especiales —murmuró. No había más que pensar en Jeff Berry, por ejemplo. O en Bill Wood o en Lefty Stone...

Tanteó el pomo. La puerta no estaba cerrada con llave. Si tenía un poco de suerte, podía sorprender a Coogan en el sueño, como había hecho con Peterson.

Abrió muy despacio. En la casa reinaba un silencio absoluto. Cerró la puerta y trató de acostumbrar sus ojos a la oscuridad. Entraba luz de la calle por una de las ventanas. A los pocos momentos, supo que ya podía moverse en las tinieblas.

Avanzó paso a paso hacia la puerta que suponía la del dormitorio de Coogan. De súbito, se encendieron todas las luces.

Millard giró en redondo. Coogan, sonriendo aviesamente, con un revólver en la mano, estaba a un paso de la puerta.

—Ha tardado mucho en llegar, Millard —dijo el sujeto.

—Esperaba mi visita, ¿eh?

—Debo admitir que no he tenido fortuna con mis colaboradores. Tenía un buen «empleado», de los que no fallan nunca, pero se me fue al Norte para un trabajo especial y no sé cuándo regresará.

—Tal vez es que yo he resultado más duro de pelar de lo que pensaba —dijo Millard.

—En cierto modo así es, aunque también hay que reconocer que ha tenido una suerte imponente. Pero esa suerte se ha acabado ya.

—¿Me va a matar?

—¿Lo duda acaso?

—El revólver hará ruido al disparar.

—Yo creo que ese problema no debería preocuparle, Millard. Después de muerto, no le importarán los ruidos.

—A los vecinos, sí, Coogan.

El sujeto sonrió despectivamente.

—Si tanto lo desea... De todos modos, siempre puedo decir que sorprendí a un ladrón. Tengo derecho a defenderme de los que asaltan mi casa, ¿no? Usted, como abogado, debiera saberlo.

—Nuestros antecedentes son muy dispares, Coogan. Le resultará muy difícil probar que yo entré aquí a robar. ¿Qué hará después de matarme? ¿Poner unos cientos de dólares en mis bolsillos? ¿A qué policía hará tragar esa fábula? Ni siquiera le creerían, aunque dijese que se había confundido. Le acosarían a preguntas; yo tengo notas en mi casa, investigarían a fondo, créame.

Los labios de Coogan se contrajeron.

—Sabré salir del apuro —dijo.

De pronto, metió la mano izquierda en el bolsillo de la chaqueta y sacó un tubito de metal, que empezó a enroscar en el cañón del revólver.

—El silenciador no hará ruido...

Antes de que terminase la frase, un jarrón volaba hacia su cara y se convirtió en mil pedazos. Aturdido por el golpe, Coogan se tambaleó. Un segundo más tarde, sintió que una mano le arrancaba el arma. Luego, la misma mano, de revés, le golpeó en plena boca, haciéndole caer sobre un diván.

—Cuando alguien te estorbe, dispara primero y háblale después —dijo Millard sonriendo—. Por la boca muere el pez, en boca cerrada no entran moscas... ¿Quiere que siga con los refranes?

Coogan le miraba con expresión de furia impotente. Reaccionando, quiso levantarse, pero un nuevo golpe de Millard volvió a tirarle sobre el diván.

—Ahora, vamos a hablar en serio —dijo el joven—. Sólo le haré

una pregunta, pero quiero que me la conteste. Y no me diga que nunca delata a sus clientes. Eso es porque, hasta ahora, nadie le ha apretado de veras, ¿comprende?

—¿Me va a torturar? —se burló Coogan.

De repente, Millard se lanzó sobre el sujeto y le hizo ponerse en pie a viva fuerza. Luego agarró su brazo derecho y se lo retorció a la espalda.

—¿Cuántas veces han hecho esto sus matones? —dijo el joven—. Usted lo habrá visto más de una vez; el dolor resulta insufrible, se lo aseguro.

Sujetaba a Coogan por la parte de atrás del cuello con la mano izquierda. La derecha hacía fuerza en la muñeca del sujeto.

—¿Sigo? —dijo.

Gotas de sudor caían de la frente de Coogan. De su boca brotaban sonidos inarticulados.

—Vamos, hable —exigió Millard.

De súbito, se levantó el bastidor de una de las ventanas del otro lado que daba a la escalera de incendios. El torso de un hombre, armado con una pistola, apareció en el hueco.

Millard vio al sujeto y saltó a un lado. El pistolero pareció sorprenderse de ver a Coogan acompañado de otro hombre, pero su indecisión duró apenas un segundo. La pistola vomitó cuatro o cinco ruidosos fogonazos. Coogan se retorció sobre sí mismo, gritó delirantemente y acabó por caer al suelo.

El pistolero desapareció tan rápidamente como había venido. Millard se quedó pasmado, casi incapaz de comprender lo que había sucedido. Luego maldijo entre dientes. Ahora no podría eludir el interrogatorio de la policía. Los disparos habían hecho demasiado ruido, y bajo el cuerpo de Coogan, ya absolutamente inmóvil, había mucha sangre.

* * *

—Estás en un *«impasse»* —dijo Sally al día siguiente, mientras almorzaban en el «Frenchman».

—Lo admito —contestó él—. Pero el otro cazador de recompensas no se encuentra en mejor situación.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó la joven.

—No tendría sentido tratar de quitarme de en medio, ¿verdad? Si hubiese encontrado a tu tío y a los tres compinches, ya habría reclamado la recompensa a Brunning. Y yo habría recibido orden de suspender las investigaciones.

—¿Crees que Brunning es capaz de haber contratado a otro?

—No sé qué decirte —respondió Millard, a la vez que hacía un gesto de fastidio—. Me siento desorientado.

—Neil, ¿me permites un consejo?

—Claro, encanto.

—Habla con Brunning y plantéale las cosas con absoluta claridad. Dile que si ha contratado a otro, que tú dejas la investigación y que no quieres saber nada del asunto. Sé decidido, hombre. No te puede pasar nada, creo yo.

Millard apoyó los codos sobre la mesa y la barbilla en las manos.

—Eres una chica realmente maravillosa —dijo—. ¿Cómo no se te ha ocurrido casarte aún?

—¿Crees que mi profesión es apta para el matrimonio?

—Si el marido no resulta celoso como un árabe.

—No —contestó Sally—. O se trabaja en el «*night-club*» o se va una a casa, con su esposo. Tal vez sea anticuado pensar así, pero es de esta forma como opino.

—Y, por ahora, te gusta más el «*night-club*».

—Gano un buen sueldo, Neil.

—Ya. Es una respuesta muy significativa.

—Pero también puedo añadir que, hasta ahora, no he encontrado al hombre de mi vida.

—¿Dejarías de cantar y bailar si te enamorases?

Sally lanzó un hondo suspiro.

—Voy a serte sincera —manifestó—. Tengo ya veinticinco años cumplidos y creo que he llegado al techo de mis posibilidades. Tengo cierta fama, soy atractiva... incluso he actuado un par de temporadas en Las Vegas y en Broadway, pero nunca como primera figura. Soy realista y me doy cuenta de que no llegaré jamás a ser una Barbara Streisand, por ejemplo. Todavía hay más; mi contrato finaliza la semana próxima y el dueño del local no ha dicho aún nada de renovarlo.

—Lo siento de veras —dijo él—. No me imaginaba siquiera que pudieras encontrarte en una situación semejante. Pero, sea como

sea, sabes que puedes contar con mi ayuda, si un día la necesitas.

—Gracias, Neil. Oye, ¿por qué no hablamos de otra cosa? Por ejemplo, del tipo que «apioló» a Coogan.

—Ah, lo han detenido a la madrugada. Es un sujeto que tenía una cuentecita pendiente con Coogan.

—Y la saldó a tiros.

—Coogan le jugó una mala pasada en cierta ocasión. ¡El tipo podía haberse esperado siquiera medio minuto más! Estaba a punto de hablar... y tuvo que interrumpir la conversación, disparando como un loco...

De repente, Millard se calló. Sally se dio cuenta de que tenía la vista fija en otro lugar.

—No mires —dijo él a media voz, al darse cuenta de que Sally quería volver la cabeza.

—¿Qué pasa, Neil? —preguntó ella en el mismo tono.

Un hombre acababa de sentarse en una mesa próxima, acompañando a una mujer de formas exuberantes. El individuo sacó una pitillera de plata, la abrió y ofreció un cigarrillo a su acompañante. Luego se puso otro en los labios, extrajo el encendedor, dio fuego a la joven y encendió su propio cigarrillo.

Todos los actos hablan sido realizados con la mano derecha, en la que se apreciaba una mancha de color marrón y casi tan grande como el dorso. Sally tenía la vista fija en el joven, esperando la reacción que le aclarase aquel pequeño misterio.

—Pero, bueno, ¿qué pasa, Neil?

Millard se levantó de súbito y caminó hacia la otra mesa. Jonathan Martin alzó la cabeza, sorprendido al verle acercarse.

—Perdón, señor Martin —dijo el joven, sonriendo amablemente—. Me he quedado sin tabaco... ¿Le resultaría molesto darme uno de sus cigarrillos?

—¿Cómo no? —respondió el sujeto con toda cortesía. Sacó la pitillera—. Ofrézcale también a su bella acompañante, amigo Millard.

—Es usted muy amable, señor Martin.

Millard volvió a la mesa y ofreció un cigarrillo a la muchacha. Sacó otro para sí, devolvió la pitillera a su dueño y regresó para sentarse frente a Sally.

—No me gusta él tabaco turco —dijo Sally haciendo una mueca,

cuando él se disponía a prenderle fuego al pitillo.

—Como dijo aquél, fuma y calla —sonrió Millard.

—Tú te traes algo entre manos —murmuró Sally, después de exhalar la primera bocanada de humo.

—¿Cómo lo has adivinado? —sonrió Millard. Contempló su cigarrillo humeante; era de sección ovalada y tenía la boquilla dorada.

Sally comprendió que no era el momento más adecuado para explicaciones. Millard llamó al camarero y abonó la cuenta.

Salieron juntos del local.

—¿Dónde tienes el coche? —preguntó él.

Sally le miró sorprendida.

—¿Y el tuyo?

—En poco más de una semana, he perdido dos. He decidido usar taxis hasta que acabe este asunto o todas las ganancias se las van a llevar las fábricas de automóviles.

—Entonces, por eso te has retrasado...

—Exactamente.

Sally abrió el bolso y le entregó las llaves.

—Utiliza el mío todo lo que gustes —indicó afectuosamente.

—Gracias, encanto. ¿Adónde te llevo?

—Al «Golden-Arabian». Tengo ensayo a las tres de la tarde.

—Muy bien.

Al sentarse en el coche, Millard sacó un paquete de tabaco y se puso un cigarrillo en la boca. Sally le miró sorprendida.

—Tenías tabaco —exclamó.

—Sí, pero quería comprobar una cosa.

Encendió el cigarrillo y dio el contacto. Miró fuera del coche para ver si la calle estaba despejada y pisó el pedal de gas.

—A Rosa

D'Emilio

fue a verla un hombre, que le preguntó por Pete «El Cojo» —habló él, cuando ya rodaban con normalidad—. Rosa me dijo que el sujeto, que no había dado su nombre en ningún momento llevaba las manos enguantadas.

—¡En pleno verano! —Respingó Sally.

—Y, además, fumaba cigarrillos tipo turco, con boquilla dorada.

—¡Cielos! ¡Es el fulano del restaurante! —Comprendió Sally de

golpe.

—Exactamente, nena.

—¿Puedo saber quién es?

—Jonathan Martín, el hombre más fiel de Brunning.

—No lo entiendo en absoluto.

—Yo tampoco. Por eso pienso sostener con él una conversación que, espero, resultará sumamente interesante.

CAPÍTULO XI

Cuando oyó el timbre de la puerta, Martin se ajustó el cinturón de la bata y se dispuso a abrir. Un gesto de sorpresa se dibujó en su rostro al reconocer a su visitante.

—¡Señor Millard! —exclamó.

El detective sonrió.

—¿Puedo pasar? —preguntó.

—La hora no es muy apropiada para recibir visitas...

—Los motivos que me traen aquí la hacen enteramente adecuada. Bien, he venido solo, pero, si lo prefiere, iré a buscar al señor Brunning y hablaremos en su presencia.

Martin apretó los labios.

—Entre —dijo secamente.

Millard cerró la puerta. Martin fue a una consola y se sirvió una dosis de escocés. Con la mano izquierda, entreabrió uno de los cajones del mueble. Millard no dejó de reparar en el detalle.

—Hable —invitó el hombre fiel.

—¿Por qué contrató a Coogan para eliminarme?

Una sonrisa despectiva apareció en el rostro de Martin.

—Ande, cuénteme otro cuento más divertido —contestó.

—¿De veras cree que es un cuento? Bueno, si le parece que me invento historias, iré a casa de Brunning y le enseñaré la pequeña emisora de radio que usted ha instalado bajo su mesa. De este modo, puede enterarse de todo lo que se habla en su despacho... incluyendo, por ejemplo, el encargo que me hizo y la recompensa de cuatro millones que me ofreció.

—Olvida usted que soy un hombre leal y que disfruto de toda la confianza de Brunning. El no me oculta jamás nada, señor Millard.

—Algunas cosas, sí. Usted, desde luego, sabía que yo debía

buscar a los asesinos de su hijo. Pero él no le mencionó jamás la oferta de los cuatro millones.

—¡Absurdo! Lo sabía desde el primer momento...

—Porque lo oyó mediante aquel «chivato» electrónico. He hablado con Brunning aún no hace una hora. Me ha asegurado muy formalmente, que nunca le dijo a usted nada sobre la recompensa de los cuatro millones.

Martin se envaró.

—No es cierto —dijo roncamente.

Millard señaló, el teléfono.

—Hable con él, si cree que miento —invitó.

Sobrevino un momento de silencio. Martin dejó el vaso sobre la consola y se apoyó en ella negligentemente. Su mano derecha, sin embargo, fue deslizándose con suavidad hacia el cajón entreabierto.

Millard le dejó que metiese la mano. Entonces, dio un salto hacia adelante y empujó el cajón con todas sus fuerzas.

Martin lanzó un aullido. Millard mantuvo la presión unos segundos. Luego, con la mano izquierda, arrojó al sujeto lejos de la consola.

—Temo que Brunning eligió mal a su hombre de confianza —dijo incisivamente—. De modo que andaba investigando por su parte, para ganarse los cuatro millones y, para mayor seguridad, trataba de quitarme de en medio.

Los ojos de Martin relucían fieramente.

—¡Es cierto! —gritó—. A usted, un perfecto desconocido, iba a darle cuatro millones y a mí... Yo llevaba muchos años con él, sirviéndole con toda lealtad... Pudo haberme hecho el encargo a mí; yo habría trabajado casi gratis para él... Ni siquiera se le ocurrió consultarme...

Martin jadeaba y sudaba copiosamente. Millard se sintió un tanto desconcertado al escuchar aquellas palabras.

Era un hombre resentido el que hablaba de aquella forma. Podía sentirse compasión hacia él... pero también era preciso pensar en los asesinatos cometidos y en los ataques sufridos casi desde el primer momento.

—¿Cómo supo que era yo? —preguntó Martin.

—En el restaurante no llevaba guantes que ocultasen la mancha de su mano, como cuando fue a visitar a la amiga de Pete «El Cojo».

Pero en el camerino del «Golden-Arabian», cometió el error de encender un cigarrillo y ofrecerle de fumar a Rosa D'Emilio

—Entonces, por eso me pidió tabaco.

Millard asintió.

—No sé qué hacer con usted —dijo—. Imagino que resultará muy difícil probar que ha tenido algo que ver con esos crímenes. Aunque... ¿mató usted a Lefty Stone?

Martin guardó silencio. El joven comprendió que su pregunta había dado en el blanco.

—Entonces, creo que a la policía le gustará hacer la prueba de balística —añadió Millard, a la vez que se encaminaba hacia la consola.

Martin lanzó un rugido de furia y saltó hacia adelante. Con las dos manos, propinó al joven un tremendo empujón. Sorprendido, Millard no pudo hacer otra cosa que intentar desesperadamente mantener el equilibrio.

Pero Martin había conseguido ya meter la mano en el cajón. Ahora, pensó Millard durante una fracción de segundo, Martin sacaría el revólver... y no sería tan parlanchín como Coogan.

En aquel instante, se oyó una voz de trueno:

—¡Deja el arma, Jonathan, especie de bastardo traidor! ¡Déjala o juro que te haré trizas!

* * *

Lleno de asombro, Millard vio a Brunning que avanzaba lentamente hacia el centro de la estancia, con una pistola en la mano. Martin se había quedado en la misma posición, petrificado, aunque con la mano en el interior del cajón de la consola.

—Tengo buenos confidentes, que han informado de algunas de las cosas que han pasado en la ciudad estos últimos días —añadió Brunning—. Ésta era una operación que debía realizarse con un máximo de secreto y, sin embargo, alguien estaba enterado de cada uno de sus pasos, señor Millard. Empecé a pensar y me pregunté quién habría podido divulgar la noticia de la recompensa. Entonces, se me ocurrió revisar mi despacho. Encontré un «chivato» y, a lo

que parece, mis sospechas se han convertido en certidumbre.

—En tal caso, aquí tiene el culpable —dijo Millard—. Pero, bien mirado, tiene razón hasta cierto punto...

—¿Le ha contado el cuento de su frustración? —rió Brunning sorprendentemente—. Oh, lo he oído todo... Puede que sea verdad, pero no es «toda» la verdad. El apellido de Martin, en realidad, es Twough... el mismo que el de Harry «El Limón», uno de los cuatro que asesinaron a mi hijo. No hace ni media hora que alguien que lo conoce bien me lo ha dicho. Todo lo que ha hecho se debe a venganza y no a frustración... y estoy seguro de que, si no tomó parte directa en el secuestro, al menos lo planeó o facilitó a su hermano, la suficiente información para llevarlo a cabo. ¿Me equivoco, Jonathan?

Los ojos de Martin brillaban con odio demencial.

—Es cierto —dijo—. Ya no tengo por qué ocultarlo, pero ¿qué pruebas puede usted alegar sobre mi complicidad? Ser hermano de un delincuente no es suficiente para mandar a uno a la cárcel... y usted tuvo ocho años a mi hermano, después de que le convenció, como al resto de sus amigos, que haría todos los posibles para apelar sobre la cuantía de la condena. Pero no movió un solo dedo para sacarlos de la cárcel... ¿y creía que no iban a vengarse de usted?

—Admito la venganza sobre mí, pero no en mi hijo —tronó Brunning.

—Ray era tan odioso como usted... y la venganza se ejecuta siempre en lo que más duele.

La mano de Brunning tembló convulsivamente. Por un instante, Millard temió que acabase perdiendo el control. Sin embargo, Brunning logró dominarse.

—¿Dónde están Harry y los otros? —preguntó.

—No lo sé. Hace más de dos meses que no tengo noticias de ellos —respondió Martin.

Y, de súbito, sacó la pistola y disparó.

Brunning se había distraído un instante, lo que le permitió a Martin hacer fuego. Pero casi en el acto se oyó un segundo disparo.

Martin retrocedió y se tambaleó, con la sorpresa pintada en su rostro. Brunning vacilaba también, apretándose el costado izquierdo con la mano del mismo lado.

—Ese bastardo... me ha sorprendido.

Bruscamente, Martin cayó de bruces. Millard corrió hacia él y le volvió un momento.

—Está muriéndose —dijo.

Brunning se había sentado en una silla y estaba muy pálido.

—Usted lo ha visto —dijo—. Ha sido en legítima defensa... Llame a una ambulancia, por favor.

Millard se acercó al teléfono. Hizo la llamada, pidió que avisaran también a la policía y apuntó con la mano a Brunning.

—La recompensa sigue en pie —dijo.

Brunning asintió.

—Déme un trago —pidió—. Estoy sangrando como un cerdo.

* * *

—Ya no te queda mucho tiempo —dijo Sally, casi una semana más tarde.

—¿Tiempo? —se sorprendió él.

—Para decidirte. Dentro de tres días, firmaré la renovación del contrato.

—Te felicito —dijo Millard.

Sally frunció el ceño.

—Oye, ¿qué te pasa? Estás distraído... No prestas atención a lo que te digo.

—Perdona, cariño —murmuró el joven—. La verdad, hay cosas que no acabo de comprender.

—Estás pensando en la hermana Evangelina —dijo Sally, desechada.

—Sí, pero no en el sentido que tú crees... En todo este jaleo, hay algo que no acaba de encajar. Martin se sentía frustrado y apoyó la venganza de su hermano, pero ¿por qué no se vengó él particularmente de otro modo? A fin de cuentas, el chico no le había hecho ningún daño...

—Tampoco a los otros, Neil.

—Sí, pero tengo la impresión de que Martin quería completar la venganza de algún modo. «Su» propia venganza, ¿me entiendes? Cuando hablé con él, pude darme cuenta del intenso odio que sentía hacia Brunning, aunque en su presencia se mostrase siempre amable

y servicial. Para un tipo como Martin, la muerte del chico no debía ser suficiente.

—Muy bien, supongamos que sea así. ¿Qué sacarás con demostrarlo?

—Evitar que Brunning pueda jugarme una mala pasada.

—No entiendo...

—Brunning me firmó un documento, por el que se compromete a pagarme cuatro millones, si encuentro a los asesinos de su hijo. Pero ese documento no tiene validez legal alguna. Si encuentro a esos tipos, Brunning puede reírse de mí cuando le exija la recompensa. Y ningún juez apoyaría una demanda mía, ¿comprendes?

—Entonces, lo que tú quieres es encontrar la forma de obligar a Brunning a que pague.

—Primero tengo que encontrar a los asesinos, encanto. Y eso, hasta ahora, no va resultando nada fácil.

Millard se calló de pronto. Estaban almorzando en el restaurante, pero apenas si había tocado la comida de su plato, observó Sally. Inopinadamente, Millard llamó al camarero.

—¿Te marchas? —preguntó ella.

—Sí. Dispensa, pero se me ha ocurrido algo... —Millard abonó la cuenta precipitadamente y se puso en pie—. No sé cuándo volveré a verte —se despidió.

—No me quitará el sueño tu ausencia. Saludos a la hermana Evangelina —contestó Sally mordaz, pero también despechada.

Era inútil hacerse ilusiones, se dijo. Evangelina Dahl era la clase de mujer que deseaba Millard: amable, cariñosa, hogareña, activa, diligente... y, además, muy guapa. No, no podía competir con ella, admitió con un hondo suspiro.

Millard salió del restaurante y se encaminó hacia la casa de Martin. Entró subrepticamente e inició un concienzudo registro.

Su tarea duró casi cuatro horas. Al fin, encontró algo que le hizo sonreír de satisfacción.

—Esto merece un trago —se dijo.

Y fue a tomárselo al bar de Jock Medina. Apenas le vio, Medina puso un vaso delante de él.

—¿Algo nuevo, Neil?

—No, Jock. Todo sigue igual, excepto lo que has podido leer en

los periódicos.

—Neil, yo tengo una información para ti que puede resultarte útil.

Millard levantó las cejas.

—¿De qué se trata, Jock?

Medina hizo un gesto con la mano. Un hombre de aspecto próspero se acercó al mostrador.

—Neil, te presento a Richard Armstrong, vendedor de coches usados. Richard es buen amigo mío y tiene que decirte algo que quizá pueda interesarte.

—¿Tiene un coche en buenas condiciones, señor Armstrong? —preguntó el joven de buen humor.

—Muchos, pero no es eso de lo que quería hablarle, aunque, si se quiere pasar por mi negocio, le encontraré algo interesante y a buen precio...

—Richard, el señor Millard no quiere comprar un automóvil —dijo Medina con aire de fastidio—. Háblale de lo que le interesa, de los cuatro tipos que fueron a buscarte un coche de los que alquilas y que ya no han vuelto.

—Ah, sí —exclamó Armstrong—. Eso ocurrió hace algo más de dos meses. Yo no los había visto nunca y su aspecto no me gustó demasiado, aunque, puesto que pagaban al contado, no tenía por qué objetar su petición. Pero Jock me ha dicho que usted los anda buscando... Aunque hablaban en voz baja, pude captar algo sobre un lugar situado al Oeste de Dawn Valley. Ah, sí, la casa que hay en Rooster Hill...

Millard se puso tieso un instante. Luego, sonriendo anchamente, se echó a reír.

—Amigo, no sabe cuánto le agradezco la información —dijo—. ¿A qué hora puedo ir mañana a comprarle un coche?

—Estoy en mi negocio a partir de las nueve de la mañana —respondió Armstrong—. Créame, le encontraré un buen automóvil, barato, seguro, en magnífico estado, con garantía de tres meses.

—Me bastará con que pueda ir y volver a Dawn Valley sin contratiempos —dijo Millard.

CAPÍTULO XII

—Algunos empiezan ya a empaquetar sus cosas —dijo Evangelina tristemente—. El hermano Caleb fue a ver a McCane hace un par de días, pero no consiguió nada. McCane se mostró inflexible...

—Es muy propio de él —contestó Millard—. ¿Falta ya mucho?

—No. Mire, ahí está la casa. Nadie viene nunca por estos parajes; están casi como en el primer día de la creación. La casa perteneció en tiempos a un cazador, pero hace años que murió y su viuda no consiguió venderla. Está abandonada y parece milagroso que siga en pie.

Millard orientó el coche hacia el pequeño edificio Allí, diez semanas antes, Ray Brunning había sido hecho prisionero y luego asesinado.

Detuvo el coche y se apearon. Un rápido examen le hizo ver que allí no encontraría ninguna pista apreciable. Evangelina le contemplaba con curiosidad.

Al cabo de unos minutos, Millard salió de nuevo al exterior.

—Lina, éste es un paraje muy agreste —dijo—. Por tanto, nada de lo que suceda aquí podrá ser oído desde New Hope City.

—Hay más de cinco kilómetros, Neil —respondió la joven.

—Los tipos asesinaron a Ray y luego se marcharon, pero jamás han sido vistos. ¿Qué les pudo pasar?

—¿Se le ha ocurrido pensar en la posibilidad de un accidente? El camino que lleva a la autopista es muy inseguro y, por aquellas fechas, hubo muchas tormentas. En esas condiciones, un accidente se puede producir con facilidad...

—Un accidente —murmuró el joven—. Y nunca han vuelto a ser vistos.

Estuvo inmóvil un momento y luego se volvió hacia la

muchacha.

—¿Puede acompañarme hasta las inmediaciones del acceso a la autopista?

—Claro —accedió ella sin vacilar.

El coche arrancó momentos después. A unos cuatrocientos metros, encontraron la bifurcación de los caminos. Uno se dirigía hacia el valle y el otro hacia la autopista. Millard había seguido aquella misma ruta días antes, pero entonces sus ideas eran muy distintas.

A partir de aquel momento, hizo que el coche rodara a poca velocidad. Evangelina, a su lado, examinaba atentamente los profundos barrancos que había a la derecha de la ruta que seguían. En el fondo de los barrancos abundaba la maleza.

De repente, lanzó una exclamación:

—¡Pare, Neil! Creo que veo algo...

Millard frenó y se apeó del vehículo. Desde el borde del camino, divisó una cosa extraña entre unos arbustos en parte renegridos, a más de setenta metros de distancia.

Lanzó una mirada a su alrededor. Había allí una curva muy pronunciada. Una noche oscura, con lluvia tormentosa, las prisas de unos asesinos, el relativo desconocimiento de la ruta...

—Voy a bajar —anunció.

—Iremos juntos —dijo ella.

Descendieron con grandes precauciones, ya que la pendiente era muy empinada y abundaban las piedras, sostenidas en precario equilibrio, y que podían desprenderse con grave peligro para ellos. Al fin, llegaron junto al automóvil, casi completamente cubierto por la maleza, que había crecido después de dos largos meses.

Millard apartó algunos ramajes. Le bastó echar un vistazo a los restos del automóvil, para saber que se había incendiado después de despeñarse por la ladera y estrellarse contra una roca, que había frenado su enloquecido descenso. Ninguno de los ocupantes del vehículo había podido sobrevivir.

—¿Son ellos? —preguntó Evangelina.

De los cuerpos apenas si quedaban los esqueletos y algunos jirones de ropa medio quemada. Los huesos de un brazo asomaban por una de las ventanillas sin cristal. En la mano de aquel brazo faltaban dos dedos.

Era todo lo que quedaba de la mano de Pete «El Cojo», pensó.

—Sí, son ellos —confirmó.

En aquel instante, sonó un disparo. La bala chocó contra un pedrusco cercano y se alejó con estremecedor chillido. Evangelina lanzó un grito de susto.

Millard levantó la vista un instante. Arriba, en el borde del camino, había un sujeto provisto de un rifle. Corrió hacia la muchacha y la arrojó al suelo, en el instante en que sonaba un segundo estampido.

La bala rozó la pierna derecha de Millard, que notó la agitación de la tela de la pernera del pantalón. Evangelina le miró llena de aprensión.

—¿Por qué nos tirotean, Neil? —preguntó.

Sonaron más disparos. Las balas silbaban por todas partes. Millard buscó una posición mejor con la vista. La piedra tras la cual se hallaban era una protección insuficiente.

—Parece que hay alguien empeñado en que no cumpla mi contrato —masculló—. Lina, siga donde está; voy a ver si distraigo al tirador un momento.

—Neil, no se arriesgue por mí...

Los disparos habían cesado momentáneamente. Millard lanzó una mirada hacia arriba y divisó al atacante, muy ocupado con su fusil. Seguramente, estaba reponiendo la munición.

De pronto, se puso en pie y echó a correr, a la vez que gritaba para llamar la atención del sujeto. Oyó un disparo, el silbido de la bala y el ruido que hacía al penetrar en un trozo arenoso. Pero, inesperadamente, sonaron más disparos.

Asombrado, Millard levantó la vista. El fusilero corría, volviéndose de cuando en cuando para hacer fuego contra unos atacantes invisibles. De pronto, tiró el arma y dio un salto, para iniciar una terrible caída por la ladera del barranco, que concluyó al estrellarse contra un enorme pedrusco.

Un par de hombres de uniforme aparecieron en el borde del camino.

—¡Eh! ¿Se encuentra bien? —gritó uno de ellos.

—Sí —contestó el joven—. Pero aquí hay algo que puede interesarles.

Uno de los policías de carreteras descendió con grandes

precauciones. Examinó el cuerpo del atacante y meneó la cabeza. Luego se acercó al joven.

—No solemos pasar mucho por este camino solitario, pero lo hacemos en ocasiones. Escuchamos disparos y... ¡Diablos! ¡Un coche accidentado! —exclamó el policía.

—Lo hemos encontrado nosotros —manifestó Millard—. Quiero que lo haga constar así en su informe, agente. Al parecer, el accidente se produjo hace unas diez semanas.

—El coche debió de incendiarse durante la noche y si había tormenta, nadie lo vio —murmuró pensativamente el policía—. Pero el hombre del rifle debía de conocerles a ustedes. ¿Quiere examinarlo?

—Sí, desde luego.

Millard sufrió un fuerte choque al reconocer a Jeff Berry. «Tenías que acabar así», se dijo.

—Regístrelo, agente, por favor —solicitó, repentinamente inspirado.

El policía obedeció. Segundos después, enseñaba un grueso fajo de billetes de a cien.

—¡Demonios! Aquí hay lo menos cinco mil dólares...

—Sí, alguien pensó que de este modo resultaría más barato —murmuró el joven.

—¿Cómo dice, señor?

—Oh, nada, nada; era sólo un comentario sin importancia... Lina, creo que podemos abandonar este lugar —dijo, volviéndose hacia la joven.

—Avisaremos por radio para que vengan a buscar los restos de esos desgraciados —manifestó el policía.

* * *

Pálido como un difunto, Brunning contempló al hombre que avanzaba hacia su mesa de despacho. Millard lanzó un documento sobre la mesa.

—Los asesinos de su hijo han sido encontrados —anunció—. Extienda un cheque por cuatro millones.

Bunning se mordió los labios.

—Podría negarme —rezongó.

—Quiso negarse, contratando a Jeff Berry para que me siguiera a todas partes y me liquidase en el momento oportuno, no tanto por ahorrarse los cuatro millones, como por recuperar los documentos que encontré en casa de Martin y que tanto le comprometen. Desde hacía años, Martin iba recogiendo informes sobre sus actividades y usted llegó a enterarse, pero cuando quiso actuar, ya era tarde. Esos documentos pueden arruinarle y hasta mandarlo a la cárcel.

—Firmaré el cheque, pero entrégue me los documentos...

—Vendrá con nosotros al Banco. Una vez que el cheque haya sido aceptado, le serán devueltos los documentos por la persona que encontró a los asesinos de su hijo. Vamos, levántese, Brunning; no tengo tiempo que perder.

Brunning obedeció en silencio. Su sorpresa fue enorme al ver a Evangelina sentada en el coche, con una cartera de mano sobre el regazo.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó.

—Encontró a los asesinos de su hijo.

—Pero yo creí que usted...

—Dije que habían sido encontrados, no que hubiese sido yo, pero el resultado, para usted, es el mismo. Ella tiene los documentos que hallé en casa de Martin. Ya sabe cómo recuperarlos.

Brunning rechinó los dientes, pero se resignó. Un cuarto de hora más tarde, firmaba un cheque, en presencia del director del Banco. Millard hizo que ingresaran el dinero en la cuenta que había abierto aquella misma mañana, firmó a su vez otro cheque, que entregó a Evangelina, y puso la cartera en manos de Brunning. Éste examinó brevemente su contenido y se dio por satisfecho.

—Bien, y ahora, dígame, ¿dónde están los asesinos de mi hijo? —preguntó, una vez fuera del Banco.

Millard empujó a la joven hacia su coche.

—Vaya a la «morgue», les están haciendo la autopsia —contestó.

Brunning se quedó con la boca abierta, incapaz de emitir una sola palabra. Con la mano en la manija de la portezuela, Millard se volvió hacia él.

—Por cierto, Jeff Berry está haciendo compañía a los asesinos de Ray —dijo perversamente—. Tiró usted cinco mil dólares estúpidamente.

Cuando se disponía a arrancar, alguien les vio y levantó una

mano, pero la bajó en el acto. Los ojos de Sally se llenaron de lágrimas. En aquel momento, sus ilusiones acababan de convertirse en humo que se disipaba con rapidez.

Una hora más tarde, Millard se despidió de Evangelina en la estación de autobuses.

—Nunca le olvidaremos, Neil —dijo la joven muy emocionada. Millard sonrió.

—Rece por este pobre pecador, hermana Evangelina —contestó.

—Pediré por su felicidad —aseguró ella.

El joven hizo un ligero gesto. Luego puso las manos en los brazos de la muchacha, la atrajo ligeramente hacia sí y besó una de sus mejillas.

—Algún día iremos a visitarles —prometió.

Había humedad en los bellos ojos de Evangelina.

—Sé que usted no se acostumbraría a nuestra vida pero siempre que venga a New Hope City será recibido con el mayor afecto —dijo.

Millard dio media vuelta y echó a andar, con las manos en los bolsillos, silbando alegremente. Sentíase poseído por una extraña satisfacción. Había resuelto un difícil dilema.

* * *

Estaba retocándose los ojos, cuando vio a Millard a través del espejo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ásperamente.

Millard agarró una silla y se sentó a horcajadas.

—He venido a que me llames tonto —respondió.

—¿Por qué? Ella es guapísima y muy buena... Serás feliz a su lado...

—Estás equivocada. No voy a casarme con Evangelina.

Sally se volvió lentamente.

—¿Cómo dices?

—¿Me permites que te explique el final del caso?

—Claro... —dijo ella, con voz un tanto temblorosa. Y más tarde, cuando Millard hubo terminado de hablar, añadió—: De modo que has estado desempeñando el papel de bandido generoso.

—He robado a un rico, para darle el botín a los pobres. Pero si

me dices que he hecho el tonto...

Sally se levantó de un salto.

—¡Oh, querido! ¿Cómo podría yo decir una cosa semejante? Tú vales más que todo el dinero del mundo. —Y haciendo que Millard adoptase una posición conveniente, se sentó en sus rodillas y le abrazó apasionadamente—. Si yo hubiese tenido cuatro millones de dólares, los habría dado para que volvieses a mi lado...

—Entonces, me hubieras comprado.

—Habría hecho cualquier cosa por... Oh, ¿qué importa lo que no ha sucedido? Estás conmigo, ¿no?

Millard depositó un beso en el perfumado escote de la joven. Sally se estremeció.

—Calma, querido —murmuró—, ya habrá tiempo de sobra.

El levantó la cabeza y buscó sus labios.

—Toda la vida —dijo.

Las dos bocas estaban unidas apasionadamente, cuando alguien tosió desde el umbral.

—Ejem... Dispense, Sally, pero traigo algo para que lo firme...

La joven se levantó de un salto. Millard se incorporó también.

—¿Qué es eso, Mike? —preguntó ella.

—El contrato, por dos años más —respondió el hombre.

Millard avanzó un par de pasos, cogió el papel, lo rompió en cuatro trozos y luego los puso en las manos del asombrado dueño del «Golden-Arabian».

—Lo siento, Mike; Sally acaba de firmar un contrato mucho más largo —dijo.

Se volvió hacia ella y añadió:

—Eso espero, cariño.

Sally hizo un gesto de aquiescencia.

—No hay duda; el contrato es a perpetuidad —confirmó.

FIN



LUIS
GARCÍA
LECHA

. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.